

El siguiente texto es la versión novelada de un relato, basado en las vivencias de un ex soldado de Infantería de Marina Española, durante la denominada “Marcha Verde”.

Otra crónica más detallada puede encontrarse en la web: <http://eugeniosanchez.com/>

VESTIDO DE BOGAVANTE

PREFACIO

-¡Atención! -Había gritado el capitán Cienfuegos, delante de la compañía formada en el patio de armas – Un paso a delante todos los tiradores de primera-. Felipe Edesio Pérez no tuvo más remedio que dar ese paso. No tenía sentido no hacerlo, cuando en la lista que el furriel tenía en la mano, figuraba claramente su nombre señalado con esta categoría. Tenía muy claro lo que significaba dar ese paso. Él, que se había alegrado tanto al saber que lo habían destinado a su propia tierra, las islas Canarias, al finalizar el periodo de instrucción en Cartagena.

Como él, otros diez compañeros, también cualificados como tiradores de primera, se habían adelantado de la formación. Después el grupo sería ampliado hasta llegar al número de 86 soldados “voluntarios”, seleccionados al azar entre diversas compañías.

Al día siguiente, 31 de octubre de 1975, aquel grupo de soldados de la Unidad de Intervención Rápida (UNIR) de la infantería de marina, pertenecientes al cuartel Manuel Lois de Gran Canaria, zarpaban del muelle de Las Palmas a bordo del destructor Blas de Lezo, con rumbo desconocido.

1

Barcelona, aeropuerto del Prat, 23 de julio de 2002, 11-AM

¿De quién es esta navaja? – Pregunta el guardia civil que vigila la zona de embarque, cogiendo el objeto de metal que acaba de pasar por el detector de rayos X, dentro de la misma bandeja donde hay un reloj, unas llaves, una moneda de dos euros, dos de cincuenta céntimos y un clip, salidos todos ellos de la muñeca y los bolsillos de mi padre.

-Es mía – respondió este, viendo espantado como el civil desplegaba amenazador aquella temible arma blanca, copia exacta de la que Cocodrilo Dundee utilizaba en la película del mismo nombre. Lo que no sé es si estaba más preocupado por la amenaza del guardia o por la mirada recriminatoria de mama, como diciendo: -¿pero tú estás tonto? Intentar pasar este chisme tal como están de obsesionados con la seguridad.

Y es que todavía no hacía un año del atentado de las torres gemelas el 11-S, y era sobretodo en los aeropuertos, donde las medidas de seguridad se hacían más evidentes.

-Debería haberla facturado con los equipajes – le decía el guardia, manteniendo suspendida la navaja entre el pulgar y el índice de su mano derecha, talmente como si sujetara un pañuelo usado por persona ajena -no porque le diera asco, pues ya sería una contradicción bien curiosa, pienso, que a un miembro de un cuerpo armado le dieran asco las armas; como si a un marinero le diera miedo el mar o a un piloto volar-No, lo que pasaba era que no podía sujetarla de otro modo, pues, aquel instrumento destinado a proporcionar materia prima para las maletas de piel de cocodrilo, si bien en todo igual al de Cocodrilo Dundee, no media, abierta, mango incluido, más de siete centímetros.

Era una miniatura, recuerdo de Morella, que mi padre solía llevar en el bolsillo y que utilizaba para pelar las castañas que encontraba paseando por el bosque con nuestro perro. Lo que no entiendo es por qué había de llevarlo a Canarias.

Que ese temible pelador de castañas pudiese convertir a mi padre sospechoso de terrorismo no hacía más que evidenciar el grado de histeria y obsesión por la seguridad que se había apoderado de mundo desde el pasado septiembre. Yo no sabía si reírme por lo ridículo de la situación, o llorar imaginándome a mi padre preso como sospechoso de terrorismo.

-Pero ahora las maletas ya están facturadas – dijo mi padre -, no puedo ir a meter la navaja. ¿Que debo hacer, factura la navaja sola?

-No lo sé – dijo el civil – pregunte en información.

Quienes hacían cola detrás de nosotros, a juzgar por sus caras, ya comenzaban a impacientarse.

-Sabe qué – dijo mi padre – puede quedársela.

El hombre de verde volvió a cerrar la navaja y la guardó en un cajón de un despacho cercano, sin más problema, mientras nosotros, madre, padre, hermana y yo, aligerados, continuábamos hasta la zona de embarque, dejando, por fin, el paso libre al resto de pasajeros.

Y mama haciendo explícitas las recriminaciones que papa ya se temía por su metedura de pata y defendiéndose diciendo que había querido ser demasiado honesto; que, de no haberla sacado del bolsillo, algo tan pequeño ni se hubiera notado en el detector de metales. Seguramente tenía razón.

Pero mama estaba dolida, sospecho no tanto por la pérdida del objeto, de escaso valor, al fin y al cabo, como por el hecho de recordarle su viaje al maestrazgo, el primero que hicieron juntos, cuando acababan de conocerse.

Lo que me ha dado un poco de pena es ver a papa, un tío de casi cincuenta años, en la misma situación que Fernando Jiménez, el chulo de la clase, aquel día en que el profe de mates le quitó la navaja con la que estaba gravando en una puerta “Born to killer” que creo (mi inglés no es muy bueno) es una expresión relacionada con no se que sobre las medidas de peso de un mercado de Barcelona “a tanto el kilo”, o algo así. De hecho solo pudo gravar la primera parte “born to...” y ahora todos lo llamamos por ese nombre.

La diferencia es que Bornto, bueno, Fernando, se lo merecía, en cambio papa no había hecho nada, pobre, y para él, que también es un poco presumido, debía resultar un poco humillante que un número de la benemérita, un crío a su lado, lo pillara en falta. Tal vez ahora deberíamos llamarlo “el navaja” pues Cocodrilo Dundee” me parece un poco exagerado.

Y es que mi padre, como muchos de su generación, me temo, le dan un cierto “yuyo” los uniformes; la verdad es que no sé muy bien porque, y lo que todavía entiendo menos es porque guarda su uniforme de la mili, bien planchado, en un armario. Un uniforme de color azul oscuro con rayas rojas y botones dorados.

De hecho este viaje tiene que ver con algo relacionado con su servicio militar. A mí la razón me da igual, solo sé que vamos a las islas Canarias. Mi hermana y yo tenemos pensado pasarnos una semana tostándonos al sol y ponernos como dos bombones de chocolate; en cambio mi padre no soporta el sol, pero hacía muchos años que esperaba hacer este viaje. Para él es como un peregrinaje. Espera encontrarse con amigos a los que no ve desde hace más de veinticinco años, justamente cuando hacía la mili.

Eso de la mili yo no sé muy bien lo que es, solo sé que va de hacer de soldado y que antes era obligatorio para los tíos; pero ahora los soldados son profesionales y solo van aquellos que quieren, incluso las tías; sin embargo, en mi pueblo, todavía celebran cada año la fiesta de los quintos, que es una especie de despedida para quienes se van a hacer de soldado, pero, como he dicho, ahora ya no van. Consiste en pasear un carro con una bota de vino y montar follón por las calles mientras la vacían. Acaban todos empapados de vino, por dentro i por fuera, hasta que ya no tienen de pie y vuelven a casa a dormir la mona, así termina la fiesta... i la mili.

-¡Laura j -me llama mi madre-vete a hacer pipi antes de subir al avión.

-Pero, mama, ¿no hay lavabo en el avión?

-Sí, pero el viaje dura tres horas y no sabemos lo lleno que va a ir el avión, ni si funcionan los lavabos. O sea, que tú y tu hermana iros a hacer pipi antes de subir.

Que morro, ella siempre diciéndonos lo que tenemos que hacer, como si fuésemos criaturas; mira que decirme en medio de toda esa gente cuando tengo que hacer pipi.

Marina, mi hermana, nunca le discute nada, pero después hace lo que le da la gana, de modo que la bronca siempre soy yo quien se la lleva. Solo por no discutir nos vamos las dos al lavabo.

2

Ya en el avión, voy sentada al lado de mi padre mientras mi hermana y mi madre, más adelante, leen sendos libros. Veo a otro pasajero también leyendo un libro que lleva por título solo una fecha 11/09/2001 escrita en blanco sobre nubes oscuras i debajo el nombre del autor en letras rojas, Noam Chomski. La fecha del atentado a las torres gemelas. Ya son ganas leer eso volando en un avión. Se me pone la piel de gallina pensando que pueda haber algún terrorista sentado en el avión. Yo ya estaba bastante acoj... acongojada solo de pensar que debíamos subirnos a un avión... Y yo que creí que el atentado había sido contra “les tres bessones” de la tele (N.T. gemelas de una serie televisiva).

No puedo evitar mirar a los pasajeros buscando alguno con cara de árabe, a pesar de saber lo que diría mi padre, que eso son prejuicios. El que lee el libro sobre el 11S si que tiene pinta de espía, tiene un aire de 007, pero el chico que está a su lado podría ser su hijo y, ni un espía ni un terrorista, llevaría nunca a su hijo a sacrificarse con él. ¿O sí? No, no lo creo. ¿Y si el chico está secuestrado? Es guapo el chaval...

-Laura, mira, ahora pasamos sobre Morella-me dice papa-fue donde mama y yo compramos la navaja que se me ha quedado el guardia civil.

-Bueno, se la ha quedado porque tu se la diste.

-Evidentemente, sino aun estaríamos intentando pasar.

Miro por la ventanilla y observo el mar a lo lejos, y sí, efectivamente, entre aquella superficie arrugada, cual papel de embalar marrón, una especie de colina –un grano, más bien, visto desde aquí-destaca del resto, con lo que parece ser un castillo en la cima y un pueblo alrededor.

-Fíjate-dice papa – Morella conserva aun la estructura piramidal de la sociedad

Medieval: en la cúspide, dentro del castillo, el señor feudal; debajo el monasterio

Franciscano, el poder eclesiástico; más abajo, los burgueses y comerciantes; y

Después los menestrales y los sirvientes, al final, tocando la muralla exterior; y ya fuera, los cultivos, los pastos y el territorio de caza, de bandoleros, los

Campos de batalla...

-Papa, ya sé que tienes buena vista, pero ¿no me vas a hacer creer que puedes ver

Todo eso desde aquí?

-No reina, todo eso solo puede verse con los ojos de la historia. Ya te he dicho

Que eso era en la edad media. Por aquí paso el Cid Campeador camino de

Valencia.

Según mi padre, ese Cid era una especie de madelman de aquellos tiempos que les sopló Valencia a los moros, vamos, una especie de Karate-Kit de la época. Siguió hablando de una peli que se hizo en los años sesenta, la edad media, para mí, con Charlton Heston y Sofía Loren, rodada en Peñíscola, que ahora se veía a lo lejos, tocando al mar, pero yo ya no lo escuchaba, porque cuando se pone aleccionador no hay quien lo aguante.

Además, por el pasadizo se acercaba la azafata con un carrito, ofreciendo bebidas a los pasajeros. Detrás de ella también venia mama. Yo le pedí una coca-cola sin cafeína porque es la única que mama me deja beber, pero como no tenían, ella, mama, que ya estaba con el ojo puesto, hizo que sí con la cabeza; supongo que ya no venía de una coca-cola con la excitación que ya traía.

-¿ Te acuerdas de si hemos apagado el gas, antes de salir de casa? – pregunta

Mama , que ya estaba a nuestro lado.

-Yo diría que sí. ¿ No lo miraste?-responde papa.

-¿Siempre debo ser yo, quien se ocupe de esas cosas? Igual podías haberlo

Mirado tú.

-No te preocupes. Seguro que lo has apagado. Pero si debes quedarte más tranquila, puedes llamar a la vecina que le eche una mirada. ¿Tiene una llave de casa, no? ¿Tienes el móvil, no?

-Sí, lo tengo. Pero también debo ser yo quien se acuerde de ello.

Esta es una de las típicas peleas entre papa y mama, pero, por lo que oigo en las conversaciones entre mama y sus amigas, no solo en casa ocurre así. “Parece como si hubiera una indisposición genética de los machos para determinadas labores domésticas”, comenta mama a menudo “únicamente pueden estar por una sola cosa”. Una vez hable de ello con la profe de sociales –en el profesorado de nuestro insti es mayoritario el número de mujeres-y me dijo que esto se debe a que los hombres son cazadores y las mujeres recolectoras, y que, a pesar de los cambios sociales, la genética funciona todavía por atavismos prehistóricos. Es decir, que cada mañana las carreteras se llenan de coches porque sus conductores van de caza, mientras los supermercados se llenan de mujeres recolectoras. Excepto los fines de semana, cuando el hombre conduce hasta el hipermercado, donde la mujer compra, mientras él conduce el carrito.

-Esto... ¿tú ya has estado otras veces en Canarias, verdad? – le pregunto a papa, quien en ese momento se estaba tomando un zumo de piña. De golpe me había picado la curiosidad, respecto a los instintos de mi padre. -¿Tenias un ligue, quizás?

El zumo se le atragantó y comenzó a toser. Cuando por fin pudo hablar dijo

-¡Ehem! Sí, y no

-¿En qué quedamos? ¿lo tenía o no?

-Bueno, no en el primer viaje. Ese fue un viaje de turismo a Tenerife. Imagínate, cuatro amigos con ganas de conocer mundo – y tal vez alguna moza, ¿porque no? – dentro de un avión lleno de parejas en luna de miel, haciéndose caricias, los novios, no

Nosotros. Nosotros cuatro éramos los únicos pasajeros sin aparejar.

-Pues vaya mal rollo, ¿no?

-Y que lo digas. Ahora las parejas se van a Cancún, Tailandia, Japón o Cuba, pero entonces, lo más exótico que podían permitirse era las islas Canarias. Poco antes se iban a Mallorca. No me preguntes porque, pero parece que el exotismo estimula la libido , tanto de aquellos que tienen posibilidad de satisfacerla como los que no. Imagina, pues, cuatro solteros entre tanto palomino enamorado.

-Me lo imagino. Como niños aplastando la nariz en el escaparate de una pastelería.

-Exactamente. Y el hotel del valle de la Orotava donde nos hospedábamos, también estaba lleno de parejas; es decir, como decía Rik –Humphrey Bogart-en la película Casablanca: “Nos informaron mal”

Papa tiene la manía de citar películas de las cuales nunca he oído hablar.

-Total, una semana de la que solo puedo destacar dos cosas, una la visita al Teide, impresionante por su paisaje, te la recomiendo; la segunda, las cenas de ensalada rusa y salchichas de Frankfurt, que entonces eran novedad, en un bar del Puerto de la Cruz. Consecuencia, tengo ganas de volver al Teide, y no he vuelto a comer nunca más las salchichas de Frankfurt.

-¡Caray! Papa, tampoco son tan malas.

-Bueno, tal vez no sea tanto por el gusto; de hecho, entonces me parecían buenas. “A falta de pan...” Pero, ¿qué quieres que te diga? Yo nací cuando todavía la gente cocinaba en casa, la industria alimenticia estaba todavía en sus inicios: eran los tiempos del Cola-Cao y la leche condensada. Más que la comida moderna, lo que me empacha son las marcas. Coca-Colas, Mac-Donalys, Tele-pizzas... nosotros, de pequeños, comíamos para matar el hambre: pan con vino y azúcar, pan con chocolate, estofado de patata y cebolla, fideos a la cazuela... ahora debemos comer para ser guapos, mantener la línea, el colesterol y la juventud; todo lo que comemos es por prescripción facultativa

o sugerencia comercial; con receta sanitaria o denominación de origen. Nos comemos las etiquetas antes que los productos. -Estás envejeciendo, papa. Te vuelves quejica. ¿Tal vez preferirías salir a cazar conejos, en lugar de comprarlos en el súper? -Sí, tu ríete; pero nos estamos convirtiendo en animales de granja, hija; alguien nos engorda para sacar rendimiento de nosotros.

En ese momento dos azafatas, con sonrisa de dentífrico –de marca, naturalmente-empiezan a repartir la comida entre los pasajeros: bandejas de plástico con compartimentos en los que hay productos indefinidos, envueltos en celofana y que ni tan siquiera tienen marca, pero tampoco hay manera de saber, ni por el sabor, ni por la forma, lo que es cada cosa. De hecho la comida también parece de plástico, como la vajilla, el vaso, la taza, los cubiertos, si bien de consistencias diversas.

Debí quedarme mirando la bandeja porque papa dijo:

-Come, hija, que ya no va a venir de eso.

Sin embargo yo no pensaba en la comida, sino en sí, en la era de los aviones y la

Informática, se adapta mejor el cazador o el recolector. Queda claro que este viaje iba a ser peculiar en muchos aspectos, más allá de los alimentarios.

A diez mil metros bajo la barriga del avión, el mapa de España – ya que realmente parecía un mapa en relieve donde solo faltaba ponerle los nombres-se desplazaba poco a poco. Bueno, es

un decir, pues quien se desplazaba era el avión y, para nada, despacio. Mientras comía –no sé qué, ni para beneficio de quien- quise calcular la velocidad del avión. Solo sabía que el viaje duraría tres horas, necesitaba, pues, la distancia que debíamos recorrer, algo que pude deducir, aproximadamente, gracias a un mapa del trayecto de la revista promocional de la compañía aérea, que se encontraba en cada bolsa del respaldo de los asientos. Calculé, según la escala, que había unos 2.500 Km. en línea recta desde Barcelona a Las Palmas, de modo que, dividido por tres, tocaban a 833'33 Km. la hora. ¡Y parecía que ni nos movíamos! Acto seguido quise calcular lo que hacíamos en un minuto y también en un segundo. Así, 833'33 dividido por 60 son 138'8 km. Por minuto, lo que dividido de nuevo por 60 son 2'31 km. por segundo! Es decir, que por cada bocado me comía 2km. y trescientos metros del territorio español. ¡Esto sí que engorda!

Papa, que había estado observando mis cálculos, dijo:

-En tren tardaríamos veinticuatro horas solo para cruzar la península. Bueno, al menos antes era así –dijo repensándose tal vez, ahora, con el Ave se pueda ir más rápido, pero deberíamos pasar por Madrid y seguramente tampoco adelantaremos demasiado. Sin embargo no me hubiera importado hacer el viaje en tren hasta Cádiz y una vez allí continuar en barco hasta Las Palmas. De hecho, mama y yo, hemos estado viendo la posibilidad, pero las agencias de viaje ya tienen sus programas establecidos y todo eran pegas para hacerlo de esa manera. Ahora todo el mundo tiene prisa en llegar y el viaje es más un estorbo que una satisfacción. A pesar de que luego se pasen las vacaciones tumbados en la playa.

-¿Eso lo dices por mí?

-Por ti y por mucha gente que no ha aprendido a disfrutar de las oportunidades para el descubrimiento y la improvisación que proporciona el viaje. Una cosa es viajar y otra hacer turismo.

-¡Ah sí! Pues no veo yo que tengas muy buen recuerdo de tu viaje a Tenerife. Además, igualmente se pueden hacer descubrimientos tumbados en la playa.

-Sí, hija, ya se a que tipo de descubrimientos te refieres. Nosotros también íbamos a Tenerife con la misma ilusión, pero todo lo que descubrimos fueron las salchichas de Frankfurt. Los descubrimientos a los que me refiero no pueden ser premeditados, Hace falta estar abiertos a cualquier posibilidad, incluidas las desagradables; y, en ese sentido, el viaje a Tenerife también fue enriquecedor. Nos sirvió de experiencia.

De pronto me acuerdo que no me ha contado nada de su ligue canario.

-¿Es decir, que no tienes ganas de llegar a Las Palmas?

-Si muchas. En este caso es al revés, espero más del lugar que del viaje, aunque solo sea por lo poco que este va a durar.

-Sí, pero ¿hay más cosas que el tiempo del viaje o de estancia? Me refiero a que parece que te interesa más “alguien” que el lugar o el tiempo que podamos estar.

¿No es así?

-Sí

-¿Y mama sabe eso?

-Sí, lo sabe.

-¿Y no le importa?

-Un poco, tal vez.

-¿Solo un poco? De ser yo creo que me importaría bastante.

-¿Vas a contármelo, o prefieres que sea ella quien lo haga?

-¿Seguro que quieres saberlo?

-Sí, naturalmente. A condición de que no me rayes demasiado.

-De acuerdo – miró a su alrededor, como ara asegurarse que nadie más oía; creo que le da algo de vergüenza, pero dado que estábamos sentados en los asientos del fondo, no había nadie más que nosotros -Pero tendré que explicarte primero como empezó todo, ya que no tiene nada que ver con aquel primer viaje . -¿El de las salchichas? -Exacto. El primero solo éramos cuatro jovencuelos que querían pasárselo bien, en cambio, el segundo, que no fue en avión sino en barco, éramos unos cuatro mil enviados a la fuerza. O, para ser exactos, nosotros éramos la fuerza enviada. -Cuando hacías de soldado ¿en la marina, no es así? -En la Infantería de Marina, que no es lo mismo que ser marinero. Sin embargo

yo tampoco sabía la diferencia cuando el día 9 de mayo de 1975, me facturaron en un tren de reclutas en la estación de Francia de Barcelona, con destino a Cartagena...

-¿No me digas que me vas a colocar el rollo de tu mili ahora? Papa.

-Mira niña, si de verdad quieres saber como fue aquello, deberás tener un poco de paciencia y aguantar “las batallitas del abuelo”. Ya sé que para ti todo lo que no se refiera a los últimos quince días pertenece a la prehistoria; pero antes de eso también pasaban cosas, entre las cuales las que hicieron posible que tu estés aquí.

-Bien, no te enfades, ya te escucho.

-De acuerdo. ¿Por dónde íbamos? Te decía que hasta pocos días antes de mi incorporación creía que haría la mili de marinero, pues era lo que me había correspondido en el sorteo de quintos. Pero en la caja de reclutas, al ir a enterarme de la razón del cambio, resultó que me habían cambiado la fecha de nacimiento (nunca hemos sido amigos la burocracia y yo) y con ella, el destino, cosa que me cargó bastante, pues, como te he dicho, prefiero el viaje a la

llegada; Y ya me había hecho a la idea de ir destinado a un barco, cambiando a menudo de puerto, mientras que el destino en un cuartel me parecía mortalmente aburrido.

No me extraña –pensé-si solo con estar dos horas encerrado en casa ya parece un animal acorralado. -Muchos jóvenes se hacían voluntarios porque esto les daba la oportunidad de elegir

un cuartel cerca de casa; yo prefería, mal por mal, ir a un lugar bien lejos de casa. -O sea ¿qué no había buen rollo con tus viejos? -¡Niña! Un poco más de respeto, que son tus abuelos. Y, sí, había tan buen rollo como

entre tu y yo; no te creas que eres algo especial tú. ¿O es que tienes alguna queja? -No. De ningún modo. ¡Estoy felicísima! -Lo que ocurría era que, puestos a perder el tiempo, prefería estar viajando, aun que

supusiera un año y medio de mili, cuando los que servían en tierra solo estaban un año. Hasta el mismo día de la incorporación no supe como era el uniforme que debería vestir.

-¿Ese que guardas en el armario?

-Ese. En Cataluña apenas hay efectivos de Infantería de Marina; tal vez solo los que hacen guardia en la Comandancia de Barcelona, un edificio que hay al final de las Ramblas, tocando a Colón...

-¿Colon ascendente o colon descendente? -¿Con que sales tú ahora? -Los intestinos. Los estudiamos hace poco en la clase de anatomía. -Pero, ¿tu me tomas el pelo, o qué? ¿eso te enseñan en el instituto? El Colón al que me

refiero es el de la clase de historia, y no de anatomía. Que yo sepa no tiene nada que ver el que tenga una estatua al final de la rambla con la función digestiva o defecatoria.

-Ya lo sé papa, pero no sé porque he hecho una asociación de ideas.

-Pues no seas repelente, hija. Bien, te decía que allí, al final de las trip... de las ramblas fue donde nos formaron para pasar lista la primera de las innumerables veces que deberíamos repetir ese ritual, diversas veces al día durante los meses siguientes. Esa mañana también escucharíamos por boca del comandante la que sería para nosotros primera arenga militar.

-¿Qué es una arenga?

-Una especie de discurso propagandístico para enardecer a la tropa.

-Como las campañas electorales, vaya.

-Aproximadamente. Únicamente que allí la asistencia era obligatoria, y debías, como mínimo, hacer como que escuchabas; igual que tú ahora.

-Papa, que yo te escucho.

-Lo sé reina, lo decía para picarte. Después de la arenga, decía, nos dejaron marchar, citándonos nuevamente para las once de la noche, en la estación de Francia. Quienes, como yo, vivíamos cerca, volvimos a casa, los que no, se quedaron rondando por la ciudad.

Por la noche, mis padres y hermanos vinieron a despedirme a la estación, igual que las familias de otros soldados. Aquello era un mar de lágrimas...

-Lógico, estabais en la marina, ¿no?

-... Tienes razón, pero sobretodo eran las madres y las novias quienes lloraban...

-A mí, me harás llorar, como no abrevies.

-Bieeen... Sigamos. Nos metieron en un tren borreguero, custodiados por un sargento y dos cabos, hasta el Centro de instrucción de Cartagena. El viaje –más o menos el mismo trayecto que llevamos ahora recorrido-duró más de veinte horas, pues, al no ser un tren regular paraba en todas las estaciones para dejar paso a los demás. Desde diversos lugares de la península, otros trenes debían estar confluyendo, en un recorrido similar, con destino a Cartagena, pues la Infantería de Marina tenía entonces allí su único centro de instrucción.

Recuerdo como me sorprendió, por su belleza -he de reconocerlo para ser justo-la imagen del centro, a nuestra llegada. Fue al caer la tarde, entre la luz crepuscular y la de las farolas, cuando entramos en el patio porticado, encalado de blanco, sobre el cual se recortaban los uniformes azules, ribeteados de rojo, gorras blancas y botones dorados reflejando la luz, de los soldados saliendo francos de paseo. Me pareció entrar en una película de la época de John Ford.

-Ahora entiendo lo que dice mama.

-¿Que es lo que dice?

-Que a ti siempre te pierde la estética.

--¿Eso dice? No es ningún secreto que la fotografía me gusta; algo debe apreciarse en mi manera de ser.

-Sí, pero creo que mama lo dice en otro sentido.

-Que no soy demasiado práctico; quieres decir.

-Un poco obnubilado; dice ella.

-Gracias. ¿Debo pasarte alguna recompensa por tu papel de informadora?

-No hace falta; ya me paga ella por intoxicar – a papa se le pone cara de

“¿debería creerme eso?” – ¡Venga papa! es broma-le digo yo.

-Ya lo sé , hija. Sin embargo uno no puede evitar soñar un poco.

Supongo que papa ya está en esa época en que se empieza a ver cada vez más difícil el que se cumplan las ilusiones que uno tenía de joven. La “pitopausia” lo llama mama. Quiso ser fotógrafo, y alguna foto le han publicado, pero ya hace años que se dedica a

vender seguros, ocupación a la cual se dedica sin demasiada convicción, únicamente para poder “soplar cuchara”. Él, que incluso había soñado con dirigir películas, se da cuenta que siempre ha sido dirigido. En gran parte el viaje a Canarias creo que es un intento, por parte de mama, de que recupere el optimismo perdido. El instinto

depredador, podíamos decir. -Normalmente el tiempo ya se encarga de hacer evidente que la vida no es ninguna película – decía papa, tal vez más a sí mismo que a mí-a pesar de que a menudo te sorprenda por exceso. -¿Como lo que ha pasado en las torres gemelas, quieres decir? Al parecer, nadie se lo esperaba. -Sí, algunas veces es cierto eso de que la realidad supera a la ficción. A pesar de que, después, siempre hay quien intenta sacar beneficio personal. La verdad es que no siempre es fácil distinguir la realidad de la ficción. Nosotros mismos, durante la mili, participamos en algo similar, por lo que tenía de imprevisible; en su conjunto podía haber servido como base para una producción cinematográfica.

Probablemente a los americanos les había servido para hacer más de una película, de haberles ocurrido a ellos. -¿Ah sí? Esto no lo sabía. ¿Hiciste de “protá” en una peli? – por un momento pienso que ese fue su gran momento y debido a ello o recuerda con nostalgia. -

¿Protagonistas? ¡Que va! Y tampoco era una película. Eso hubieran querido los afectados, que fuera una película. Era bien real. Si bien nosotros participamos como simples figurantes sin frase. De extras, podríamos decir. O, incluso, para seguir con el argot, lo que le da un aire más emocionante, nuestro papel era el de especialistas; pues, estaba claro que nos correspondía a nosotros jugarnos la piel, doblando a los verdaderos protagonistas. -¿De verdad? – el riesgo es algo que siempre estimula a los “tíos” – pero, este es el papel de los soldados, ¿no? -Sí.

Arriesgar la vida por la patria “hasta la última gota de sangre”. -¿No te estás poniendo melodramático? Eso suena más bien a culebrón. -No lo digo yo; era lo que nos recordaban constantemente nuestros superiores No solo en palabras. También con hechos. Desde el mismo momento de nuestra llegada a Cartagena ya quedó claro que no tendríamos tiempo de disfrutar , ni mucho menos dejarnos embelesar por la fotogenia. En un pispas nos encontramos desnudos, duchados, rapados, pesados, medidos, vacunados y vestidos de verde, con el uniforme de campaña, completamente diferente del “de bonito” o “de romano” que es como la tropa denominaba al de paseo. -¿Ese que tienes en el armario? Por cierto ¿cómo es que todavía lo guardas? -Pues... no lo sé. Tal vez para guardar memoria de aquello que ocurrió mientras lo vestía; para recordarme que de verdad ocurrió. -¿No estás seguro? -A veces he llegado a dudarlo, a pesar de que, años después, todavía me despertaba por las noches pensando que estaba en el cuartel. Pero ¿quieres que te lo cuente, o no? -Sí, naturalmente.- Era inevitable, la había dado motivo para explicarme su batalla y ahora no tenía otra opción que escucharlo. O, como mínimo, hacer como que le escuchaba. No tenía ni idea que aquello lo hubiera afectado tanto. Y creo que él mismo tampoco, ya que hasta ahora no había comentado nada.

Acto seguido me contó, con pelos y señales, lo que él llama proceso de despersonalización. Al final del cual, una vez rapados y vestidos con el uniforme, nadie

conocía a nadie. De modo que si alguien, durante el viaje había establecido un vínculo o alianza con algún compañero, era imposible saber con quién.

Según él, entonces, los Beatles y la moda hippie, estaba tan enraizada, que al ver a un joven rapado solo podía ser militar, estar en tratamiento antiparásitos, quimioterapia, o recién operado de un tumor cerebral. Exageraba, claro, pero únicamente faltaba que les plantaran una chapa en la oreja y

encadenarlos a una argolla –decía-para convertirlos en animales de granja . -Nos habían convertido en “pelones”, que es como los veteranos denominan a los

reclutas recién esquilados –decía-. En el escalafón militar no disfrutaban de ninguna consideración, son como las larvas de los insectos, pues ni siquiera llegan a la categoría de soldado raso; que es el estatuto más bajo posible en el ejército. Curiosamente, al

desaparecer la mili obligatoria, se ha puesto de moda raparse la cabeza. ¿Crees que será casual? –se pregunta papa-¿No será que la disciplina militar ya se quedó corta,

comparada con lo que dicta la moda?Él siempre tan reflexivo. Aprovecha cualquier reflexión para criticar a los de mí

generación. Ni que nosotros tuviéramos la culpa de que él se considere un fracasado. -Lo más vejatorio era lo que se conocía como “revisión nabal”-Seguía explicando-No porqué se tratara de una revisión hecha en la Marina, sino que consistía, literalmente, en una “revisión del nabo” -¡Jo..., papá! ¿Y tú nos dices que hablemos bien? -Bueno, el nombre oficial era “revista de higiene”. Se hacía con la intención de detectar parásitos o afectados de fimosis. Pero, servidor, entre los nervios, la carrera y el frío, tenía el “tubérculo” tan encogido que no llegaba siquiera a la categoría de rábano; probablemente eran las hojas aquello que me cosquilleaba en la garganta. -Estás ocurrente, hoy. Como se nota que disfrutas del viaje . -Ahora sí, pero en ese momento te juro que no le veía la gracia. Incluso el sanitaria estuvo dudando si considerarme útil o mandarme a casa en vista de mi escaso valor; pero como está escrito que al soldado “el valor se le supone”, lo que equivale a decir que no necesita demostración, hizo constar en la ficha “útil para todo servicio”, por lo que tuve que quedarme. Sí, y no me mires así, hija, que la demostración de “mi valor” sois precisamente tú y tu hermana. Bien hermosas, por cierto. - Pero si yo no he dicho nada, papá. -Pero lo piensas, ¿ah que sí? Pero sigamos. No fue hasta las dos de la madrugada cuando pudimos tumbarnos en las literas; sin embargo, a las siete de la mañana tocaron diana. Imagínate como andábamos que, al día siguiente, el camino de las letrinas quedó sembrado de tallarines blancos cuando, a la carrera, no pisábamos las cintas de las alpargatas; el único calzado que nos habían dado y que, debido a las prisas, no nos había dado tiempo de abrocharnos. Alpargatas que, tal vez para que no se nos calentaran los pies con tanta carrera, quedaban empapadas de agua después del recorrido por las letrinas, donde

el cáñamo de las suelas había chupado toda el agua que podían absorber sus fibras como si intentaran volver a revivir. De hecho, sobre cada una de aquellas suelas mojadas crecían esquejes de soldado recién trasplantados de la vida civil a la milicia; esquejes que, una vez formados y vestidos de verde en el patio de armas, no tenían nada que envidiar a una plantación de cannabis; tanto por la pradera verde que constituyen nuestros uniformes, como por el estado de alucinación en que nos encontrábamos. -¡Que fuerte!! ¿No me dirás que os fumabais las suelas?

-No hacía falta. Aquel paso iniciático de la noche anterior por el simulacro de un campo de concentración nazi, después del viaje en tren, forzosamente había de tener los mismos efectos que un fin de semana para los actuales pastilleros, diferencia principal, que decantaba la balanza del "hevi" hacia el lado de la mili era que allí no había mujeres. Para compensar esta deficiencia, además de las diversas vacunas que nos habían inyectado, se decía que ponían bromuro en el café del desayuno, como remedio para aplacar la libido a la que están tan expuestas las criaturas de esa edad. Nunca supe si era cierto, pero me temo que basta con no dejarnos tiempo para la imaginación.

-Papa, por lo que cuentas, eso más que un after auers, parece una granja.

-¡Era, una granja! De sementales. O al menos esa era la imagen que pretendían dar, si bien, en la práctica no pasábamos de ser mulas de carga o, llegado el caso, carne de cañón. Estoy convencido que quien había planificado ese método de instrucción debía ser un nazi escapado de los juicios de Núremberg. Que, no sé si lo sabes, fue donde se juzgaron los crímenes de la segunda guerra mundial.

-La profe de sociales nos dijo algo, creo. Siempre nos dice "que suerte tenéis de haber nacido ahora".

-Pues lleva razón. Para que veas como iban las cosas; ni para comernos las pastas teníamos tiempo. Todo debíamos hacerlo corriendo, pero nunca antes de haber recibido la orden. Debíamos esperar formados alrededor de la mesa la orden de sentarnos; después podíamos sentarnos, pero sabiendo que los diez últimos de cada mesa deberían recoger la vajilla. Un privilegio que todos intentábamos eludir engullendo más rápido que los demás. Aquel prófugo de la justicia debía ser un hijo de mala madre, sin embargo conocía la naturaleza humana. El mes y medio siguiente fue una carrera constante, aprendiendo a desfilar, los movimientos con el arma, la limpieza del mosquetón, el conocimiento de los galones y graduaciones militares, los toques de corneta... todo ello para inculcarnos dos normas básicas: una, el superior siempre tiene razón; dos, en caso de duda aplíquese el artículo primero. A una mula poco más se le puede hacer entender. Pero el caso es que a nadie le sirve la experiencia ajena; a ti solo debe preocuparte la relación con tus profesores, y no la que nosotros tuviéramos con nuestros superiores. Sin embargo hay mucha gente, profesores incluidos, que piensan, todavía, que aquel sistema era mejor.

-¿Tú también?

-Yo, a medida que me hago mayor tengo más dudas que certezas.

-Creía que eso era al revés.

-Pues no. Hacerse mayor implica saber convivir con las dudas. Cuando uno es joven busca la seguridad y certezas que le faltan, en los demás. De pequeño también yo pensaba que los mayores no tenían dudas, pero al hacerse uno mayor se da cuenta del misterio que se esconde detrás de todas las cosas. Y, no obstante, tal vez debido a que la experiencia te recuerda que se puede esperar de las previsiones, acabas por confiar más en lo inesperado. Piensa que la mayor certeza es que la vida un día se acaba.

-Ahora sí que te estás poniendo dramático. Hay que ver lo que te gusta contar películas.

-No son películas, hija. Qué más quisiera yo no haberlo vivido.

-¡Venga ya! ¡No estás tú orgulloso de ello!

-Bueno... Como te he dicho, toda experiencia es útil. Al menos el hecho de dejarse conducir tiene una ventaja.

-¿Sí, cual?

-Que no hace falta pensar, ni enfrentarse a las dudas. Mucha gente eso lo

agradece, es más, se encuentran como pez en el agua. -¿También tú? -Ya sabes que no. Mírate a ti misma; como dice el refrán “de tal palo...”

Es verdad, no soporto las órdenes. Necesito saber porque hago las cosas. La disciplina

no es mi fuerte. Me lo pasaría fatal en el ejército. -Lo que quiero decir – sigue papa-es que por muy cómodo que pueda parecer dejarse conducir, nadie puede prever todos los factores de una situación y solo creerlo ya es engañarse. Uno debe saber adaptarse al entorno variable de cada momento. Ser lo bastante creativo y flexible para no verse obligado a depender de situaciones y estrategias, preconcebidas, casi siempre ajenas a las gentes y lugares donde quieren aplicarse. -Y que te llevan a ser esclavo de la disciplina. -Exacto. Lo que está claro, sin embargo, es que la experiencia es intransferible. Cada uno es hijo de sus vivencias, y no hay forma de comunicarlas a quien no las haya compartido. Te pondré un ejemplo ¿Tú has oído alguna vez el disparo de una bala? -No, ni ganas. -Es indescriptible. Por muchas películas de guerra o del oeste que hayas visto, siempre sorprende el disparo real de una bala. Ningún reproductor de sonido puede transmitir la detonación de una arma de fuego, aparte de ella misma. Es común en quienes lo oyen por primera vez, confundirlo con el ruido de un petardo, y, ciertamente, es lo que más se le parece, por ser de la misma naturaleza. Es parecido al restallar de un látigo, pero más fuerte; una tremenda bofetada dada al aire, que repercute en el hombro del tirador, el cual, de no tener el arma bien afianzada, puede acabar dislocado. Hace falta saber escuchar, y no me refiero tan solo a las balas, al habla de las cosas, los objetos, la gente, en vivo, sin tecnologías interpuestas. La voz del viento, el repicar de las herramientas, la vibración de las máquinas, el ruido de los motores...sonidos que acarician, acompañan o se quejan del uso abusivo que se hace del objeto. Igual que la voz humana, el tono con el que hablan las cosas, más que aquello que dicen, dan fe del estado en el que se encuentran. La voz de los fusiles, como la de los petardos, expresa la energía contenida que busca salida. -Papa, eres un poeta. Pero yo también necesito... salir. Debo ir al lavabo. -Ve, después seguimos, tenemos tiempo de sobra. Luego te cuento la jura de bandera. -No, gracias;

lo que quiero saber es aquello de tu ligue y tú solamente me hablas de tropa y escopetas. -Sí, ya sé que eso no te interesa; pero, que quiere, hablarlo me ha traído recuerdos. Cosas que creía olvidadas...como la “marcha verde” de la que tú ni debes haber oído hablar... pero anda, vete al lavabo.

En ese momento mama también se levanta de su asiento con el móvil en la mano, y viene hacia nosotros. Por su cara deduzco que no encuentra a la vecina. Dejo que lo discutan entre ellos.

2 Hacia rato que me aguantaba, pues, en el aeropuerto, en lugar de ir al lavabo, como mama quería, me entretuve comprando chuches y no fui a hacer pipi.

Cuando llego a la puerta del lavabo, situado al final del avión, está saliendo de el chico que acompaña al “espía”, el hombre que lee el libro del once de septiembre. Lo encuentro guapísimo y me fijo que lleva un pendiente en la oreja izquierda. Él también me mira, me deja paso y sonrío. Entro en el lavabo, que es estrechísimo, demasiado. Me siento como puedo y, de golpe, me viene a la cabeza que tal vez él sea terrorista y que, justo ahora, acaba de poner una bomba en el lavabo. Debido a no ser que lógica pienso que en cada avión, como el hueso de las aceitunas, debe llevar un terrorista incorporado. Inspecciono el lavabo pero es tan minúsculo que parece imposible esconder nada en él. ¿Y si lleva la bomba incorporada sí mismo? Como los mártires palestinos, y tan solo ha entrado en el lavabo para activarla. ¡Que lástima, tan guapo!... ¡Pero, Laura ¿te has vuelto loca?! ¡Lástima de nosotros! Que no va a quedar nada. Tan solo pastel de anchoas, como una oliva rellena, en lugar del hueso. ¿Será para eso que nos engordan? Como dice papa.

Me cogen retortijones y unas ganas incontenibles de hacer de vientre. Evacuo. Pienso en el monumento a Colón; en las dos, y en “las tres bessones” (N.T. serie de dibujos animados). Me limpio rápidamente; debo salir y asegurarme de que no es cierto lo que pienso, que solo son imaginaciones mías. Que ese libro no es ningún manual de como secuestrar un avión y estrellarlo contra Colón y “las tres bessones”. Salgo. Lo veo sentado en uno de los asientos traseros, como si estuviera esperándome. Paso por su lado y lo miro para asegurarme que ningún bulto extraño evidencia la presencia de explosivos -¿qué tono de voz debe tener un avión estallando?-No veo nada anormal, aparte de lo que es de esperar en la anatomía de un hombre.

Acabo de pasarlo, cuando oigo que me llama -Perdona -dice, señalando la trasera de mi pantalón-cero que te ha salido cola.

-¡?

Habría querido fundirme. Un pedazo de papel higiénico ha quedado enganchado a mi pantalón y aflora por encima de mi cintura, como la cola de una cometa.

Siento una llamarada encendiéndome el rostro.

-Gra...gracias -balbuceo-...es que aquello es tan pequeño.

Estrujando en mi puño el papel higiénico, me dejo caer en una butaca, de las diversas que permanecen desocupadas, deseando que me engulla. Enjuago rápidamente, con aquella mierda de papel, mis ojos hipermojados, impidiendo de ese modo que la humedad se escurra por mis mejillas.

¡Quiero morirme! Haz que explote la bomba, ¡ya!

3

La península de Cabo Blanco, vista sobre el mapa es una especie de excrecencia que recuerda la forma de un pene, tatuado longitudinalmente por la línea de puntos fronteriza que separa Mauritania del territorio español.

En la parte de levante, la que da al golfo interior, esta la ciudad mauritana de Nuadibú; en la parte de poniente, la que da al Atlántico abierto, La Güera, la ciudad española. Dos encaves urbanos que, a manera de “peercings” perforan el glande de este apéndice arenoso.

La misión encomendada a los soldados de la UNIR es proteger la evacuación de los residentes españoles, incluyendo en la categoría de residentes, tanto los españoles vivos como los difuntos.

Obviamente, los del segundo apartado, no tenían ni la intención, ni la voluntad, ni los recursos o la autonomía necesaria para desplazarse de su residencia habitual, considerada por todos, hasta ese momento, última y definitiva.

-¿Para desenterrar cadáveres nos han traído aquí? – exclamó el tirador de primera Felipe Edesio Pérez, al enterarse -¿No pueden quedarse los muertos aquí?

-Es para evitar que las tumbas sean profanadas cuando lleguen los ocupantes marroquí – les había dicho el teniente Ordóñez, al ordenarles la faena.

-Y para que ellos no lo hagan, ¿debemos hacerlo nosotros?

-Son las ordenes – dijo el teniente – Yo tampoco entiendo porque debemos tener más respeto con los huesos del que se les tuvo en vida. La mayoría eran prostitutas que alegraban la vida a los legionarios.

-En cambio a nosotros siempre nos toca bailar con la más fea-sentenció Felipe, sin saber todavía como seria de literal aquella expresión.

4

Hago como que miro por la ventana, para que nadie me vea la cara, cuya imagen me devuelve el cristal, penetrada de nubes bancas exteriores y negras de tempestades internas.

Pasan más nubes, las dejamos atrás, los rayos de mi cabeza también se alejan, tan solo un relampagueo lejano sigue enrojando mis mejillas. La tempestad se apaga, fuera no ha dejado de lucir el sol

Allí abajo, sobre el papel de embalar arrugado, unas salpicaduras irregulares de vegetación arbolada, cada vez más escasa, queda interrumpida, aquí y allá, por agrupaciones de manchas blancas, no mayores que granos de arroz, vistas de esta altura, conectadas entre sí por trazados rectilíneos, que sirven de surco a unas minúsculas partículas que por ellos circulan, todo rodeado de una franja de parches, como de edredón, de diversos colores.

Deduzco que sobrevolamos la meseta, dada la –indudable, diría papa-rectitud de las carreteras. Aquí cuando uno sale de un pueblo ya está viendo lo que le espera en el siguiente. En Cataluña, excepto tal vez el llano de Lleida, es imposible encontrar rectas tan prolongadas; uno nunca sabe lo que le espera en la siguiente curva. Que aburrido debe ser conducir por un llano. ¿Y por un desierto? Seguro que te duermes caminando, eso si el calor no te ahoga.

En las carreteras catalana no hay lugar para el aburrimiento... pero tampoco piedad para los que se duermen. Muchas curvas están adornadas de flores. Cada curva puede ser un renacimiento... pero también una sentencia. ¿Y ahora porque pienso en eso? Deben ser los sermones de papa. Siempre nos calienta la cabeza cuando salimos en coche con algún amigo.

¡Es verdad!, ahora me acuerdo. Debo preguntárselo a Marina, ella es mayor y estará enterada. Me levanto, el terrorista guapo sigue en el mismo lugar. Me acerco a los asientos donde mi madre y mi hermana y le pido a Marina que venga conmigo para atrás. Se hace la remolona porque está leyendo el tercer libro de Harry Potter y no quiere soltarlo.

Consigo desengancharla. Pasamos por su lado, me sonrío. Noto el calor en mis mejillas. Nos sentamos en los asientos de cola.

-Marina, ¿tú te acuerdas que papa, hace tiempo, llamo a un compañero de la mili?

-Sí, con quien debe encontrarse en Canarias.

-No, esto ya lo sé. Me refiero a hace más tiempo, antes de decidir que nos íbamos a Canarias, llamé a otro y habló con su mujer o con su madre, no lo sé.

-¡Ah! Sí, y le dijeron que había muerto.

-Exacto. Y después intentó hablar con otros compañeros pero no localizó a ninguno.

Excepto a los de Canarias. -Sí, pero creo que estos no eran compañeros de cuartel, sino que se conocieron cuando hacía de soldado. -Más a mi favor. ¿No te parece sospechoso que todos los compañeros hayan desaparecido? -No sabemos que hayan desaparecido. Solo que no los ha localizado. Quien sabe donde estarán después de tantos años. -Precisamente. ¿Porque, pues, justamente ahora quiere ir a encontrarse con los canarios? -No lo sé, debe haberle cogido morriña. A los viejos les pasa eso. Pero es verdad que

le cogieron las ganas después de poner el anuncio en el diario.

-¿Qué puso un anuncio?

-Sí, puso un anuncio convocando a antiguos compañeros

-¿De la “salsa verde”?

-¿De qué?

-He oído no se qué de una salsa verde. Debe ser una contraseña. Yo que sé.

-Ah! La “Marcha Verde”

-¿Y eso que es?

-Donde la enviaron a hacer la mili. Sé que hubo una movida, en el Sahara, creo. Pero a mí no me preguntes que no sé nada.

-¡Jolines!, y yo que creía que estaba nervioso por el reencuentro con su novia. Pero tal vez hay algo que no sabemos. ¿No lo estarán persiguiendo? A lo mejor sabe cosas que no quieren que se sepan. Tal vez ese tipo del libro es un poli que lo está siguiendo. ¿Has visto el libro que lee? ¿No te parece provocador leer eso en un avión? Podría ser una identificación, ¿no crees? Además el chaval guaperas que va con él no nos quita ojo.

-...tonterías dices?! Tú alucinas, tía. Me vuelvo con Harry Potter.

5

Sí, sí, alucino –pienso-pero ¿porque, de repente, ese interés por volver a las Canarias? Es verdad que hace tiempo que quería volver. Pero también está claro que le da miedo. Antes decía no se que del misterio de las cosas. Por otro lado, si se han cargado a sus compañeros, ¿por qué no se lo han eliminado también a él? Solo puede ser que tiene algo que ellos quieren, o esperan que es lleve a un lugar determinado. ¿Y si lo están utilizarlo de cebo? ¿Lo sabe, y nos utiliza a nosotros de tapadera? ¿no puede ser tan retorcido como eso!? ¿es capaz de arriesgar nuestras vidas? ¿sabe que lo siguen?

He de descubrir más cosas.

Me siento de nuevo al lado de papa. Se le nota preocupado. No sé si por lo del gas, por haberse peleado con mama, por ambas cosas o... por lo que no sabemos.

Al pasar al lado del “terrorista” le dedico una mirada fulminante, de cómo quien dice: “ya sé de qué vas, chaval”.

He decidido coger el rábano por las hojas.

-Papa. ¿Verdad que hace meses llamaste a un amigo de la mili?

-¿Para qué quieres saberlo?

-Curiosidad.

-Sí, lo llamé, pero no estaba.

-¿No estaba?

-Bueno, había muerto.

-¿Cómo murió?

-No lo sé, no me atreví a preguntarlo; hacía tantos años que no nos veíamos.

-¿Y tampoco sabes nada de otros compañeros?

-Intenté localizar a otros, pero no pude localizar a ninguno más. El último, la semana pasada. Tenía el número en la agenda. Ya había llamado otras veces, pero nunca me contestaron. Esta vez marqué el número por error, cuando intentaba comunicarme con los amigos de Canarias para anunciarles nuestra visita, y entonces alguien cogió el teléfono.

-¿No era tu compañero?

-No, era su padre. Me dijo que su hijo hacía años que había muerto en un accidente de circulación.

-¡Que fuerte! ¿No? ¿O sea, que localizas, a dos y los dos están muertos?

-Sí, son cosas que pasan.

-Explícamelo. ¿Qué es lo que pasa?

-Pues, que nos hacemos mayores, y algunos desaparecen.

No será nada fácil enterarse de lo que pasa. O no sabe nada, o intenta mantenernos al margen. Debo cambiar de táctica.

-Querías contarme algo de una marcha verde. ¿De qué va eso?

-¿Seguro que quieres saberlo? Te lo estaba contando y me dejaste plantado.

-Sí, seguro – contesto, no tengo más remedio que seguirle la corriente si quiero deshacer el entuerto.

-Pues mira, justamente ahora debemos estar sobrevolando el lugar donde comenzó la nuestra... nuestra marcha articular. Este paisaje que tenemos debajo, con tramado de olivos, es donde comienza Andalucía; ahora debemos estar cruzando Despeñaperros.

-¡Anda! Vaya nombre. ¿De verdad hacen eso, aquí?

-Perros no lo sé, pero te aseguro que el nombre es acertado. La primera vez que pase por aquí fue, de nuevo en un tren militar, al cabo de un mes y medio de instrucción en Cartagena, camino de San Fernando, al ladito de Cádiz. El descenso por Despeñaperros le pone a uno los pelos de punta. Un verdadero Dragón-Kan. Imagínate el tren serpenteando por las pendientes, viendo la cola bastante más elevada que la máquina; uno tiene tal sensación de precariedad en la sustentación de ese conjunto de hierros, que sin darse cuenta acaba crispando las manos sobre los reposa brazos de los asientos, intentando agarrarse a algo por si de pronto los raíles desaparecen, dejando la serpiente de hierro suspendida en el aire. Te aseguro que ya ha pasado alguna vez.

-Igual de peliculero. Como si no pasara nada. Qué le vamos a hacer, tendré que dejar que se desahogue.

-El día 27 de junio de 1975, cerca de la puesta de sol, el convoy de transporte de tropa, cargado con buena parte de tercer curso (que es como se conocen en la marina las levas) de ex reclutas, ahora ya soldados, recién juramentados, llegábamos a la estación de San Fernando. A un lado, a babor, la estación; al otro, estribor, los muros del cuartel, con los alambres de púas, las garitas y los centinelas. Arrastrando cada uno su petate blanco con sus pertenencias, andamos los trescientos metros de paseo que hay entre la estación y la entrada de nuestro destino: el cuartel del Tercio de Armada. Uno de los numerosos edificios incluidos en la ciudadela militar, formada además del TEAR, por el Tercio Sur, la escuela de suboficiales, el hospital militar, el cuartel de instrucción de marinería de la zona del estrecho y bloques de viviendas para militares. Un complejo que, en conjunto, ocupaba más espacio que la propia ciudad de San Fernando.

Comparado con el centro de instrucción de Cartagena, la impresión del patio de armas del TEAR, una vez pasado el pasadizo del cuerpo de guardia, era bastante más apabullante; tenía todo el aspecto de una plaza de toros o corral de comedias, en la cual nosotros nos encontrábamos en la arena. De perímetro octogonal, empedrado, con una ligera pendiente en forma de embudo, que confluía en una reja de desagüe en el centro, como si fuera el sumidero de un matadero destinado a deglutir la sangre y las vísceras de la matanza. Un patio rodeado por dos niveles de galerías porticadas, por donde el público espectador, o sea, los veteranos (o "abuelos", según propia denominación), se abalanzaba a darnos la bienvenida, dedicándonos todo tipo de piropos, la menor de las cuales podía ser del tipo: "a ver, ¿quien va a ser el pelón que va hacer esta noche una paja al abuelo?"

-¡Host...! ¡ay! Perdón. Que guarros, ¿no?

-Se decían cosas peores. Allí formados, en medio de la plaza, nadie habría sabido decir si lo que se esperaba de nosotros era que nos comportáramos como toros, toreros, monosabios o, según las imprecaciones de los "abuelos", de descapullamonos. Esto último parecía lo más probable, pues nos ordenaron desnudarnos allí mismo, ante la mirada de aquel público tan atento; poner la ropa dentro del saco, alineado (orden ante todo) según la formación de la pequeña parcela asignada, y dirigirnos en fila india a las duchas, donde el agua fría acabaría de llevarse la poca dignidad humana que a uno pudiera quedarle resguardada bajo algún pliegue de la epidermis.

-¿De verdad? Eso me recuerda lo que cuentan de Mathausen.

-Ya te he dicho que aquello olía a nazi camuflado, seguramente con alumnos destacados entre la oficialidad peninsular.

-¿Y no os revelasteis? ¿Cómo es que os dejabais tratar así?

-¡Hay! Hija. Te recuerdo que la asistencia era obligatoria. Y con gente armada no se puede discutir. Además, bien que se habían preocupado de extraernos cualquier brote de rebeldía. La instrucción no tenía otra finalidad. Al jurar bandera estábamos tan ablandados que incluso encontrábamos aceptable aquello tan macabro de "derramar hasta la última gota de sangre",

que, de tanto repetirlo, pareciera que el bien de la patria dependiera del tráfico de plasma, antes que del bienestar de sus ciudadanos. Habríamos jurado, pues, por la sangre de cada uno, por los clavos de Cristo, por el "paté de foie" o por María Santísima, solo ara que nos sacaran de allí. Podría jurarte, como aquel día 25 de junio, sobre la pista de atletismo, con la vista puesta en el horizonte...

-Papaaa...

-Tienes razón. Resumen. Entenderás que el objetivo principal, tanto de los mandos como de la tropa, era que se cumplieran a la perfección las fantasías Geométricas de los generales.

No podíamos permitirnos un fracaso.

Por otra parte, si lo piensas fríamente, tiene su lógica

-No me digas.

Claro. Piensa que la estructura militar debe estar absolutamente reglamentada en su forma y distribución. Cada compañía se divide en secciones, cada sección está formada por pelotones, que, al contrario de lo que algunos piensan, no se constituyen "porque sí"...

¡Es un chiste, niña!

-¿Sí ?

-Veo que no lo entiendes. Sigo. Toda formación sirve para que, de una sola mirada, cualquier mando pueda valorar el grado de disciplina de la tropa, según la perfección que dibujen sus líneas, pues, según parece, la seguridad de un país se debe, en gran parte, a la reproducción estricta, por parte de la tropa, de las fantasías geométricas de sus mandos.

Que después las alucinaciones de un general puedan poner freno a las fantasías expansionistas del general contrario, es lo que se conoce como estrategia.

Comprenderás, pues, que la imaginación de un general, para ser efectiva, necesite de una topa absolutamente desprovista de imaginación. ¿Qué pasaría si cada oficial, sargento, cabo o soldado le diera por dibujar sus propias figuras?

-Que parecería un baile por soleares.

-Exactamente. Y el enemigo, tal vez en lugar de dispararnos, acabaría tocando palmas. Como puedes suponer, eso no sería una guerra seria, como Dios manda.

-¡Alto, alto! ¿Me estás diciendo... lo que creo?

-Dímelo tú.

-Que las guerras no son... ¿como diría? ¿Consecuencia del descontrol, la improvisación, el desorden, el caos... sino previstas, programadas, ordenadas?

-Ordenadas. Esa es la palabra. Sin jerarquía, identidad, programación, formación, no hay posibilidad de ordenar una guerra. Detrás de los enfrentamientos, ya sean personales o colectivos, deportivos o económicos, siempre responden a una orientación bien definida, voluntaria, programada y medida; no tienen nada de espontáneas. Requieren un apoyo, ideológico, económico y tecnológico, incluso mágico, muy bien calculado y estructurado, cosas que nunca tiene una disputa apasionada.

-Ahora lo entiendo.

-¿Qué es lo que entiendes?

-Porque siempre ganáis vosotros, tú y mama, cuando discutimos. Tenéis la tecnología, la ideología y la pasta.

-¡Ja, ja! Tienes razón, hija. Son algunas de las pocas ventajas de hacerse mayor. De todas formas, en cuanto a la tecnología, ya la entendéis mejor los jóvenes que los mayores; si no es que todos estamos dominados por ella. Nunca te has preguntado porque todos dependemos de los ordenadores. Son una forma de encantamiento. Como muchos ingenios, son la magia que distrae a la gente de hacerse preguntas.

Con respecto a la ideología y el dinero, a menudo son la única forma que tienen los viejos para hacerse respetar. Sin ese miedo, de los viejos a perder los privilegios, y el deseo de los jóvenes por adquirirlos, seguramente nos ahorraríamos muchas guerras.

-Nunca se me habría ocurrido pensarlo.

-Yo, entonces, tampoco.

Veo a mama hablando por teléfono, se levanta y se acerca a nosotros.

-En casa de la vecina solo está su hijo, pero no sabe donde guarda su madre la llave. Ha dicho que en cuanto llegue su madre lo mira y me llama.

-Lo ves, mujer –dice papa-si hubiera pasado algo el chaval ya lo habría visto.

-Tal vez, pero no será por lo que has ayudado tú.

A veces pienso que mama se preocupa demasiado de cosas sin importancia, pero tal vez sea porque papa todo lo observa a distancia, globalmente, dice él. Debe estar en los atributos del macho. A ver si va a resultar que la globalización y la informática no son más que otra forma de imposición del cazador atávico.

6

En ese momento, debajo de las nubes blancas, una inmensa serpiente plateada resbalaba sinuosa entre dos franjas de verdor que ella misma alimentaba.

-Eso es el Guadalquivir... – dijo papa, haciendo gala de la capacidad masculina para orientarse... y que, según mama, esgrime como excusa para no preguntar cuando viajamos – ...y aquella ciudad es Sevilla, observa la isla de la Cartuja rodeada por el río. Más adelante están las marismas; en nada saldremos al golfo de Cádiz y dejaremos la península. El resto del viaje ya será sobre el Atlántico.

-Una verdadera clase de geografía sobre el terreno.

-Verdaderamente. Aprovechando que estamos en fase de confidencias, te diré que no conseguí memorizar las provincias andaluzas hasta que no tuve que recorrerlas en tren. Eso, por lo menos, debo agradecerse a la Marina Española.

-Entonces. ¿Qué es lo que hacemos en las aulas?

-Buena pregunta. De todas formas ahora los jóvenes ya viajáis bastante más que nosotros. Años atrás, en la época de mi padre, el primer viaje de muchos jóvenes era para ir a la mili.

Mira, ves allí al fondo, a la izquierda, entre la niebla, es la ciudad de Cádiz; “la tacita de plata”. Al lado mismo está San Fernando, mi residencia durante más de un año.

-¿Pero no estuviste en Canarias?

-Y en Almería, en Carboneras, el lugar donde se filmó “Lawrence de Arabia”. Pero mi destino era este, San Fernando; el viaje a Canarias fue imprevisto y excepcional. Justamente por eso fue el más emocionante, peligroso y arriesgado de aquella vivencia...

Por fin comenzaba a llegar donde yo quería; pero se quedó ensimismado, tal vez evocando, entre aquella neblina del horizonte o la de su memoria, los recuerdos lejanos de otro tiempo, como si la visión de los lugares donde había estado pudiera retornarle pedazos de su juventud perdida.

Aprovecho para hacer una ojeada a “mi” espía. Descubro que ha vuelto a sentarse junto a su padre, o superior... da lo mismo, lo que sea. Tal vez le esté informando; seguro que se ha percatado de mis sospechas.

Porque es verdad, solo son sospechas; no tengo ninguna prueba. Todavía.

-Dime papa – y tú ¿qué hacías en la mili? Quiero decir ¿tenías alguna ocupación especial, algún cargo?

-¿Como dices?-regresando de su viaje por la memoria-¿Un cargo? No, no, yo estaba allí como los demás, para hacer lo que me mandaran.

-¿Pero qué hacías todo el tiempo? ¿guardia, pegar tiros...? ¿Para qué sirve la Infantería de Marina?

-Bueno, yo guardias hice pocas; y tiros, solo los imprescindibles para la instrucción; ya que después de llegar al TEAR, y después de unas cuantas peripecias, fui destinado a la compañía de sanidad. Pude librarme del batallón de desembarco, que es donde se pasa peor. Justamente esta es la ocupación encomendada a los Infantes de Marina: nutrir a las fuerzas de desembarco. Tal vez recuerdes, o te suena si no la viste, la película "Salvar al soldado Rian" interpretada por Tom Hanks, u otra más antigua llamada "El día más largo". Ambas se refieren al famoso desembarco, de las fuerzas aliadas en la costa de Normandía, durante la segunda guerra mundial, hecho que significó el comienzo de la derrota nazi.

-Ostras, que emocionante.

-Pues... esta es, básicamente, la función de los "marines" (que es como los llaman los americanos): servir de albóndiga, dentro de aquellas lanchas en forma de bandeja que, desde los barcos, se mandan a la costa para ser consumidas en las barbacoas del poder.

-¡Co...! Dicho así, ya no suena tan bien. Suerte que tú no debías ir, pues.

-¿Qué no? Pues claro que iba, reina, pero no a disparar, sino para recoger los pedazos y llevar a coser a aquellos que todavía tuvieran remedio.

Pero, es cierto, mientras eso no llegara, los sanitarios vivíamos mejor que los soldados del batallón. Ya que, mientras ellos sudaban la camiseta haciendo instrucción, desfilando, subiendo y bajando redes, haciendo prácticas de tiro, o yendo de maniobras, nosotros, los sanitarios, nos lo mirábamos. De hecho nuestra situación respecto a la instrucción había mejorado bastante.

-Y esos compañeros tuyos... desaparecidos ¿También eran sanitarios?

-También. Hicimos el servicio juntos en la enfermería.

-Pero, ¿tú sabes algo de sanidad?

-No, nada; lo poco que me enseñaron allí: vendar heridas, poner inyecciones. Recuerdo el acojone que tenía la primera vez que le puse una inyección a un sargento. Me temblaban las piernas; y si él lo hubiera sabido, también le habrían temblado las suyas.

Pero lo que más hacíamos era repartir pastillas "el ancla"

-¿Y eso?

-Aspirinas o sulfamidas, que al llevar un ancla gravada para identificarlas como producto farmacéutico de la Armada, eran llamadas así por la tropa, en tono despectivo; pues todos los que salían de la consulta del oficial medico con una receta de esas pastillas, llevaban la decepción pintada en la cara; ya que, en lugar de una baja de servicio, como pretendían, debían conformarse con una de aquellas pastillas.

Solo una vez supe de un herido por bala, fue en una guardia, al dispararse un fusil, de forma accidental. Pero las enfermedades más graves a las que nos enfrentábamos, angustia, añoranza, aburrimiento, soledad, miedo... eran más anímicas que físicas. Ya se habían ocupado de licenciaren el momento de la selección, a quienes habían declarado patologías previas. Sin embargo la mejor garantía de salud era que todos rondábamos los veinte y pocos años, cosa que dada la escasa preparación de los sanitarios era de agradecer. Una cosa al menos estaba clara: no había ninguna posibilidad de tener que atender un parto.

7

Seguía contando anécdotas, pero de entrar en la cuestión, la que me interesaba a mí, nada de nada. Ni él lo cuenta, ni yo he oído nunca a nadie hablar de esa "Marcha Verde"; pero estoy segura que el misterio, que lo hay, se esconde ahí. ¿Qué pasaba entonces?

Según mis cálculos eso pasó hace veinticinco años. En el 75, ha dicho. Es decir, el año en que murió Franco. Recuerdo que en la clase de sociales lo explicaron justamente porque se cumplían los veinticinco años del 20-N, y la coronación del rey, pero no recuerdo que dijeran nada de ninguna marcha. No debió ser tan importante como la muerte de Franco. Debió ser algo que afecto a poca gente.

Una epidemia en un cuartel del Sahara, tal vez. Marina me ha dicho la movida fue allí. ¿Un experimento militar biológico fuera de control? Donde papa y sus compañeros debieron encontrarse implicados. Tal vez su ligue era una enfermera que conoció allí...

¡Claro! Por eso no quieren que se hable de ello. Y vamos a Canarias para avisar a la enfermera del peligro que corre, camuflados de turistas.

¡Así todo cuadra!

No se fía de avisarla por teléfono, por si lo han intervenido, y tampoco se fía de dejarnos en casa, con la posibilidad de que nos cojan como rehenes, y obligarlo a entregarse. Mientras estemos juntos no hay peligro.

Además, ha dicho que había intentado hacer el viaje en barco seguro que para esquivar los estrictos controles de los aeropuertos. ¡Ahora lo entiendo todo! Aquello de la navaja ha sido una estratagema para esquivar al guardia del control: mirando la navaja o se fijaría en él, caso que lo busquen. Que listo papa.

Y tampoco puede decirnos nada a nosotros, primero para no ponernos en peligro, y segundo, para que no nos lo puedan sacar a la fuerza o con engaños.

Necesito una... ¿cómo la llaman? ¿Una conferencia? Exacto, "una conferencia de alto nivel" con Marina. Ostras, no había caído en ello, mi hermana se llama como el ministerio, la armada o como se llame donde papa hizo el servicio militar.

Oyéndolo hablar de los militares no parece que los aprecie demasiado y, sin embargo, le pone a su hija el nombre de un ministerio de la guerra.

O es un agente doble (y por eso aún guarda el uniforme), o está majara como consecuencia de algún producto químico de aquella marcha verde. He leído, no sé dónde, que muchos soldados del Vietnam fueron afectados por un producto llamado “agente naranja”. El del Sáhara debe ser de color verde.

Debo saber lo que opina Marina.

Me cuesta horrores despegarla de Harry Potter. Al final consigo que me acompañe a nuestra “zona de conferencias” fuera del alcance auditivo de nuestros seguidores.

Le cuento mis teorías (excepto la coincidencia de su nombre con un ministerio): los compañeros desaparecidos, la fuga biológica, la enfermera canaria, el intento de viajar en barco, la estrategia de la navaja, el agente verde...

-¿Qué agente verde? – dice ella-¿el guardia civil?

-No, la fuga biológica. La “marcha verde” debe ser el nombre en clave del producto. ¿No te suena una marca de insecticidas que se llama “Cruz Verde”?

-Tú deliras, tía. La “marcha verde” era una mani que montó el rey de Marruecos para expulsar a los españoles del Sahara.

-¿Y tú como sabes eso? Espabilada.

-Me lo contó Bornto. Su tío estuvo ahí haciendo la mili

-¿Y vive todavía?

-Pues claro que vive. ¿Sino como podía habérselo contado?

-Pero seguro que no estuvo en sanidad, como papa, ni en la Infantería de Marina. Y, aun que el nombre de “marcha verde” se refiera a una mani, no impide que además sea el nombre en clave de una arma secreta ¿verdad?

Otra cosa. ¿Tú sabes cómo se le llama a eso... cuando un secuestrado se pasa al bando de los secuestradores?

-Desertor.

-No. Cuando se le va la olla y se apunta al rollo de ellos.

-¡Ah! Tú quieres decir el síndrome de Estocolmo. ¿A qué viene eso ahora?

-Nada, cosas mías. ¿Así que tienes un rollo con Bornto? ¿Lo sabe mama?

-¡Ni se te ocurra...!

-Pues ayúdame a investigar. Tú mira que puedes sacarle a mama. Yo seguiré haciendo piar a papa.

8

Vuelvo a la fuente de información. Bueno, es un decir, más que una fuente parece alguien con incontinencia... verbal; pero del posible complot no me ha dicho casi nada que permita seguir el hilo, aparte de su actitud ambigua respecto a los militares. Tal vez solo sea una cuestión estética. Parece ser que a alguna gente les pasa lo mismo con las corridas de toros.

Antes que en las fuentes, tendré que centrar mi investigación en las fugas. Tal como él mismo dice: hace falta escuchar el tono, más que las palabras. Tendré que ser sutil.

-Dime papa, ya sé que estuviste en Canarias pero y el Sahara ¿También estuviste en el Sahara?

-Sí...y no

-Tu siempre tan claro.

-Te lo explico.

-Dime.

-Sí, estuve en Canarias, concretamente en Las Palmas. Y no, nunca llegué a estar en el Sahara, si bien cuando zarpamos de Cádiz nuestro destino era la costa africana.

Unos barcos fueron enviados a Ceuta y Melilla, otros al Sahara Occidental (que entonces era provincia española), a los puertos de El Aaiún, Villacisneros, La Güera... pero el nuestro, al final, estando ya en alta mar, fue desviado a Las Palmas.

-¡Vaya! Pero esto quiere decir que erais mucha gente.

-Unos cuantos miles. De hecho casi toda la Armada española.

-Que movida ¿no?-Esto no cuadra. Creía que había sido cosa de cuatro gatos. Pero una movilización de tanta envergadura...¿Por qué no ha salido en ninguna parte? Y más teniendo en cuenta que acaba de cumplirse el 25 aniversario – Pero... –prosigo el interrogatorio – ¿Ibais a la guerra? Sin ambigüedades, por favor.

-Sí, todos los militares, desde la oficialidad a la tropa, estábamos seguros de que era así. Y, sí, en el territorio del Sáhara había guerra. Si bien, oficialmente nunca fue declarada.

-¿Guerra contra quien?

-Ese era el problema, que no se sabía quién era el enemigo. Marruecos pretendía apoderarse de una provincia española. Los saharauis, coordinados por el Frente Polisario, querían la independencia. Y los españoles debíamos defender el territorio de las pretensiones marroquíes pero, al mismo tiempo, defendernos de los sabotajes y atentados cometidos por el Frente Polisario que tenía muchos militares entre los saharauis de las Tropas Nómadas del Ejército Español. Y, para acabar de arreglarlo, los Estados Unidos daban soporte a las pretensiones de Marruecos.

-Y yo que te pedía concisión.

-Ya te darás cuenta que eso es bastante difícil. Una de las principales dificultades era el reconocimiento, por parte de la ONU, de una cultura saharauí bereber propia, diferente de Marruecos, que diera validez a sus derechos sobre el territorio.

¿Entiendes algo?

-No. Nada.

-Te lo diré de otra forma. Básicamente el problema era, al ser los saharauíes un pueblo nómada y de tradición oral, casi no había asentamientos (casi todas las ciudades estaban en la costa y las habían fundado los españoles) ni documentos que demostraran sus derechos de propiedad sobre los territorios que ocupaban. Piensa que la cultura musulmana tradicional, además de no permitir representaciones figurativas, considera sus escritos antiguos más como elementos mágicos o talismanes protectores, que como documentos legales, de modo que no recogen datos históricos sino mitos y leyendas que los tribunales internacionales no reconocen como documentos legales. Es un choque de culturas, tanto como de intereses. Poco más o menos, lo mismo que les paso a los indios americanos. -“Hostes vingueren, que de casa ens traguieren” (Invitados vinieron, que de casa nos echaron”/ NdeT). -Veo que comienzas a entenderlo. Y a nosotros nos correspondía el papel del “séptimo de caballería”. Una de las fuerzas de ocupación, que acabaría siendo cómplice, por omisión, en el confinamiento en reservas de la población nativa. Y ello a pesar de las simpatías que pudieran despertar en los militares que teníamos la obligación de defender el territorio. De hecho, si bien a nivel personal, más de uno, tanto civiles como militares, colaboraron en la causa saharauí; sin embargo, la postura del gobierno, fue dejarlos en la estacada.

-No estás muy orgulloso, veo.

-No. De ningún modo. Únicamente puedo decir en nuestro descargo que, entonces, la tropa, no teníamos ni idea de lo que pasaba, ni tampoco forma de cambiar nada. Además todo eso coincidió con la agonía del Generalísimo.

-¿Te refieres a Franco?

-Sí. Fueron unos días de sálvese quien pueda. Igual como cuando en una familia hay que repartir una herencia: todos buscan el beneficio personal, aun que ello implique dilapidar la herencia. “Las constantes vitales del Caudillo siguen estables dentro de la gravedad. Firmado, el equipo médico habitual”, decían cada día los comunicados oficiales, por la radio; refiriéndose a aquel hombre que algunos hubieran querido eterno y otros habían llegado a pensar que lo era. A ti, sin embargo, debe parecerle tan lejano en el tiempo como el Cid Campeador.

-¿Te refieres a ese que ocupó Peñíscola?

-Valencia, hija. Quien ocupó Peñíscola fue Charton Heston y Sofía Loren... y el papa Luna. Pero esta es otra historia. Tendrás que leerte el poema del mío Cid, la historia de los cismas de la Iglesia, la de Hollywood y la de la Asociación de Rifle de América, si quieres conocerla. Actualmente es toda esa mitología en formato de letra impresa que llenan las bibliotecas y archivos de cada país, más que la palabra de su gente, lo que garantiza los derechos territoriales. Quien no tiene papeles, tampoco tiene propiedades.

-Entonces tal vez deberías escribir todo eso.

-Lo he pensado, no creas.

-Sí, pero me estás liando de nuevo, papa. Lo que yo quiero saber, con papeles o sin ellos, es como fue vuestra movida.

-La nuestra, concretamente, comenzó la última semana de octubre. Buena parte del Tercio de Armada, incluidos los sanitarios, estábamos de maniobras en Facinas; un lugar absolutamente inhóspito de la sierra de Tarifa. En un campamento del que, entonces, si alguna vez había sido algo más, solo quedaban dos hileras de barracones medio derruidos, con paredes de totchana, tejado de Uralita, puertas que no cerraban y ventanas con cristales rotos; sin muebles y habiendo de dormir sobre un montón de paja, la que cada uno pudiera proteger de la rapiña de los compañeros.

En ese paraje (donde ahora se esconden los inmigrantes que consiguen cruzar el estrecho sin ser descubiertos), el más lluvioso de la península, a causa del choque de las corrientes de aire mediterráneas y atlánticas, estaba previsto que pasáramos dos semanas triscando por la montaña, los del batallón, y los sanitarios siguiéndoles por si se producía algún accidente.

No obstante, a pesar de las incomodidades, yo me sentía bastante más a gusto, libre y saludable, física y mentalmente, que en el hacinamiento del cuartel. Tal vez contribuía a ese "ardor guerrero" —o tal vez sería más exacto llamarlo ardor de estómago— los lingotazos de carajillo que, a manera de combustible, contra el frío, nos

suministraba la intendencia.

-¡Ahora entiendo la fiesta de los quintos!

-Pues comparado con el consumo etílico que se hacía en las cantinas del cuartel, en las maniobras éramos todos abstemios. A veces uno tenía la impresión que, más que espíritu castrense, lo que predominaba en aquella preciosa sangre, destinada a ser vertida por la patria, era el espíritu etílico, cosa que no debe desmerecerla ni un grado, si tenemos en cuenta que la sangre de Cristo, antes de la consagración, parte de la misma materia prima.

-¿Qué quieres, escandalizarme? Nunca habría pensado que me harías apología del alcoholismo.

-De ningún modo, hija. Tú ya sabes que yo no bebo. Con el alcohol me ocurre como con las salchichas. Pero puedes permitirme un cierto escepticismo, por lo que se refiere a las

motivaciones de una tropa forzada y con pocas, o nulas, ocupaciones para matar el tiempo. No era ningún secreto que, para muchos, oficiales incluidos, la vida en el cuartel solo se hacía soportable gracias a aquel codiciado grado de “pasotismo” etílico. Entre otras razones, las maniobras servían para procurarnos entretenimiento; puesto que tenían más de juegos de pistas para adolescentes, o lo que ahora se conoce como deportes de aventura, que lo que uno puede esperar de un auténtico “marine” para poder enfrentarse a un enemigo en un conflicto bélico.

En ese momento veo a mi hermana haciéndome señas.

-Perdona “La Marina me llama” – no he podido evitar el chiste al recordar un eslogan, creo, de las fuerzas armadas – Vuelvo ahora mismo.

9

Marina, mi hermana, ha hecho los deberes.

-Mama, sobre la “marcha verde” no sabe nada-dice, una vez sentadas en nuestra zona de conferencias – por entonces todavía no se conocían. Sin embargo me ha contado que papa ha escrito a un montón de medios de comunicación para intentar, reencontrar a sus antiguos compañeros.

-¿Y lo ha conseguido?

-Parece que no. Al parecer, ningún medio le ha hecho caso...

-Ves como hay gato encerrado.

...Excepto uno.

-¿Sí?

-Únicamente una revista publicó su convocatoria. Y como resultado recibió algunas cartas de soldados movilizados, como él, en relación a la “marcha verde”. Pero ninguno de los que él conoció.

-Tan solo sabemos que dos han fallecido. Eso confirma que lo que quieren ocultar está relacionado con los sanitarios. Tal vez algo de lo que vieron y no interesa que se difunda. ¿Tal vez un intento de limpieza étnica..?

-Hay otra cosa.

-Dime.

-Según parece papa guarda unas fotos que nunca ha mostrado a nadie.

-¿A mama tampoco?

-Mama no ha querido verlas. Según papa ya es suficiente con que las haya visto él.

-Pero ¿de dónde han salido? ¿La hizo él?

-Eso ya no lo sé. -Recapitulemos. Supongamos que alguien quiere hacer desaparecer los testimonios de un acontecimiento. Con dos, por lo menos, ya lo han conseguido. Pero descubren que existen unas fotos comprometedoras e intentan descubrir quién las tiene... -...Y mientras, papa se da cuenta que sus dos compañeros, testigos como él, han desaparecido, e intenta ponerse en contacto con los restantes, para prevenirlos... -... Y entonces topa con la prohibición expresa, implícita o explícita, para hablar de este tema en los medios de comunicación; y levanta la liebre que los pondrá sobre su pista. -Y, debido a ello, vamos a Canarias donde, cuando menos, hay otro testimonio. -¡La enfermera!

10

-Papa ¿No dijiste que no había mujeres en la marina? – Deberé tomar un atajo.

-No preciosa, que más hubiésemos querido nosotros. Seguro que no nos habríamos dejado ningún fuego sin apagar – es evidente que la discusión con mama le ha dejado algo “quemado” -todos éramos machos. Lo que no excluye ambiguas y honorables, faltaría más, excepciones; algunas lo bastante evidentes, también entre la oficialidad, si bien, no reconocidas de manera oficial, valga la redundancia.

-¿Quieres decir que se les notaba la pluma?

-Y la estilográfica completa.

-Lo que no evitaba que, en los buques de aquella flota, constituyesen la antítesis del Arca de Noé. Esa llena de parejas de animales de todas las especies del planeta, destinadas a preservar la vida; la nuestra, al contrario, era una Armada entera, rellena de machos de una sola especie, destinados a matar o morir.

-No está mal como metáfora.

-Para nada. Era absolutamente real. Un triunfo del orden y la selección. Si alguna vez me he sentido tratado como una res, esa fue la más evidente; por muy voluntario que pretendieran que fuese nuestra entrega para el sacrificio.

Zarpamos de Cádiz, el día 1 de noviembre, después de rellenar de tropa y material bélico las tripas de varios buques; el Castilla, el Aragón, el Galicia, diversos destructores y dos fragatas recién salidas de las dársenas con todas las sofisticaciones de la guerra moderna. Ambas fragatas, una a babor y otra a estribor, las vimos recortarse contra el horizonte, patrullando a favor y en contra del sentido de la marcha del convoy, en medio del cual, como las crías de un rebaño, habían colocado a los buques nodriza, donde viajábamos los infantes.

-Una precaución bastante irónica, si pensamos en el destino encomendado.

-Realmente. Pero deberás admitir, al menos según la lógica militar, que hubiera sido un desperdicio perdernos antes de haber sacado rendimiento de nosotros. Dos días y tres noches estuvimos navegando por este mismo mar que ahora tenemos debajo. El mismo trayecto que ahora no va a durar más de dos horas. Calcula tú misma la velocidad de crucero.

-A ver... de Cádiz a Las Palmas, mil trescientos kilómetros, poco más o menos, dividido por... veinticuatro por dos, más doce... unas sesenta horas; lo que viene a ser... 21'66 km. Por hora.

-Sí, pero la velocidad, en la marina, se mide por nudos. Un nudo equivale a 1.852

m. por hora de modo que si divides 21.660 por esta cifra, resultan... 11'69 nudos de media.

-Verdaderamente no se puede decir que tuvierais demasiada prisa por llegar.

-Parece evidente; incluso los petroleros nos adelantaban. Desconozco si la razón era que los buques de transporte, unas verdaderas carracas recuperadas de la guerra de Corea, no podían ir más rápido; o era una estrategia de los mandos a la espera de algún cambio en la situación del Sahara.

Nuestra misión, concretamente la operación Tritón, me enteré no hace mucho, consistía en desembarcar en el cabo Juby, para interceptar el suministro a la Marcha Verde, después que hubiera entrado en el Sahara español. Fíjate en la ironía, el cabo Juby es el punto más cercano a las islas Canarias, el mismo punto desde el cual salen, en sentido contrario, las pateras de inmigrantes. Es como si hubiéramos pisado un avispero.

-¿Y no podría ser que hubiera otro motivo, además de la Marcha Verde, para esta movida de tropas? – De pronto se me ha ocurrido que esta invasión de pateras tenga su origen en un intento de recuperación de algo que, piensan, les pertenece. No sé, una especie de búsqueda del Grial, o algo parecido.

-Quien sabe. La política es como una partida de ajedrez; siempre hay muchas fichas en el tablero. Sin embargo los peones, es decir, nosotros, no solemos conocer de la partida más allá de cuadrado que ocupamos; y el nuestro, en ese momento, eran las tripas del buque Aragón donde nos tenían confinados.

En cada una de sus cubiertas – o sollados, en el argot marinero-un espacio sin iluminación exterior, ni más abertura que la escala de salida, nos amontonábamos unos 250 hombres; en perfecto orden, eso sí, cada uno tumbado en su coy (litera), el único reducto que uno podía considerar como propio; no cabía otra forma de meternos allí.

Las literas, repartidas en cinco niveles superpuestos, llenaban todo el recinto, sin dejar más espacio que los pasillos, dado que el existente entre literas lo llenaba, no solo el soldado asignado, también toda su impedimenta: el petate y el armamento.

-Entonces los sanitarios podíais estar más anchos.

-Mínimamente. Nos ahorrábamos el tener que dormir abrazados a un fusil. Pero además teníamos otro "privilegio": seríamos los últimos en poder salir en caso de naufragio, ya que nuestro sollado era el Foxtrot, lo que implicaba que, según el correspondiente orden alfabético, estaba situado en las catacumbas del buque, por debajo de la línea de flotación en la parte de popa. De lo cual se deduce que, anteriores en orden al nuestro, había cinco sollados más. Por lo tanto deduzco que el total de soldados, sin contar la tripulación, era de 1500 solo en nuestro buque.

-¡Pues sí que...! ¿y todo el viaje estuvisteis metidos en las literas?

-No, una vez fuera del puerto ya pudimos salir a la cubierta exterior, sin embargo no creas que estuviéramos más anchos; en un buque de guerra todo el espacio está ocupado, por cañones, antenas, grúas, lanchas y, en el Aragón, por aquellas barcas destinadas a las barbacoas de las que te hablé, dentro de las cuales nos iban a servir a nosotros para ser devorados.

-¡Ay! Papa, ¡Que angustia! No hables así. ¿Y no tenéis ninguna forma de escaparos, o amotinaros, no se...?

-¡Uf! No. Eso era impensable, eso requiere una coordinación y confianza en los compañeros que no teníamos; la despersonalización a la que nos habían sometido también estaba encaminada a conjurar ese peligro. Con respecto a la desertión, más de uno se la planteaba, si se daba la oportunidad, pero, date cuenta que eso era una también contradicción, puesto que era al desierto donde nos conducían, y redundante además, pues Sáhara también significa desierto. Otra posibilidad era auto mutilarse. Piensa que pegarse un tiro, en el pie o en la mano, estaba al alcance de cualquiera.

-¿ Y alguien lo hizo?

-No, que yo sepa, pero sí que se había dado algún caso de accidente de ese tipo en el cuartel. Como puedes suponer la auto mutilación estaba totalmente prohibida y, en consecuencia, castigada. En eso, a diferencia del rapado, que uno ya puede venir esquilado de su casa y ahorrarle trabajo al barbero, no se permite tener la iniciativa. Es una cuestión de cortesía.

-¿De cortesía?

-Pues sí. La mutilación es privilegio del enemigo. ¿Dónde iríamos a parar, sino?

Imagínate un ejército auto flagelado, que llegara ya despedazado al campo de batalla. ¿Quién querría la carne si los bueyes llegaran troceados al matadero?

No. Se deben mantener las formas. Uno debe llegar por su propio pie, lo más entero posible... para que allí lo conviertan en cecina, bistec, o panceta, al gusto del consumidor. Tan solo así el suministrador puede responder ante el cliente de la calidad inicial del producto. Que de las vísceras se pueda decir que tienen la mejor denominación de origen, avalándolo, si fuera necesario, con la documentación correspondiente. En otro caso podía haber reclamaciones.

-Puedes dejar de ser tan cáustico, papa. Me das escalofríos.

-Justamente es esa mi intención, hija. ¿Tú qué piensas que son todos los monumentos a los caídos y buena parte de los libros de historia..? No son más que el registro; el Debe y el Haber: los libros de cuentas del Poder.

Si algo tiene claro cualquier forma de poder (y todas se basan en la imposición) es que, sin matanza, no hay beneficio.

De ello se deduce que una situación de conflicto que no genere bajas (es, hasta cierto punto, indiferente si son propias o ajenas), deportaciones masivas o sacudidas a la cotidianidad, no cuente: no interesa, no rinde, no da dividendos; ni a quienes fabrican las armas, ni a quienes se benefician del terror, ni a quienes informan de ello. Como ya te he dicho, la guerra se fundamenta en el orden, y ambos se alimentan mutuamente.

-Entonces... ¿no hay forma de escaparse?

-No, cuando se aplican posturas absolutistas, normas disciplinarias y rigidez de ideas. Cuando la única preocupación es hacer cumplir la norma olvidando el objetivo que lo motivó. Fuera de eso, sí, siempre quedan salidas. Grietas imprevisibles para quienes ordenan, que escapan a cualquier planificación. Si no hubiera sido así, tal vez yo no estuviera ahora aquí para contarlo, ni tú para escucharme.

-Mira, pues quizás mejor.

-¿Como dices?

-No, nada. ¿Qué grietas?

-Mira. Hay tres razones para hacer las cosas. Por el placer de hacerlas. Porque uno cree que debe hacerlas, es decir, el sentido del deber. O a la fuerza. No hace falta decir que esta última es la principal motivación de la tropa (si bien no faltaría quien esgrimiera las dos primeras) en la expedición al Sahara...

-Y la de vuestros mandos, porque pensaban que era su deber. Eso lo entiendo. Pero ¿y las razones del gobierno, cuáles eran? No me dirás que solo por gusto.

-Pues no lo sé; sin embargo, a veces lo más importante para un gobernante es mantener la autoridad. Antes de hacer cualquier cosa, necesita convencer a sus subordinados para hacer aquello que se les ordena.

Normalmente con eso basta para mantener el orden, la dirección y la disciplina. Cualquier sistema se sustenta en esa fe. Por el contrario las dudas son las grietas que provocan cambios en el curso de las cosas. Que aquello previsto no se cumpla.

-Entonces ¿no había ninguna razón para seguir en el Sáhara?

-Podría ser. Tal vez solo era que habían comenzado a dudar de la eficacia del Sáhara para mantener el orden. Era allí donde el régimen solía mandar a los disidentes. O, como tú decías, que sus intereses hubieran cambiado de manera precipitada.

-¿Quieres decir que ya tenían lo que querían?

-Tal vez. O que se vieron forzados a ello.

Será eso. ¿Ya habrían conseguido lo que les interesaba? El “Grial” escondido, y podían abandonar el territorio. Pero...¿y papa, cual es su Graal secreto?

-Otra cosa, papa.

-Dime.

-¿Tenias previsto hacer este viaje?

-No, hasta hace poco.

-¿Y qué es lo que te hizo decidirte? Hay una razón de fondo o solo es para ver como tus “subordinados” acatamos tus órdenes?

-¡Caray! Hija, tú si aprendes rápido. Debe uno fijarse en lo que se te dice. ¿Así me agradeces que te pague el viaje? En fin; me temo que, a riesgo de que mi autoridad se resienta, debo reconocer no tener muy claras las razones. Tal vez la primera, por el placer del viaje, esa no necesita más explicación. Pero tal vez existan otras que ni yo mismo conozca. Lo que sí puedo decirte es porque ahora y no antes, y esa es muy prosaica.

-¿Cuál?

-Hasta ahora no hemos tenido el dinero necesario para el viaje. Y puedo asegurarte que esa es una auténtica razón de fuerza. Una verdadera imposición.

11

Bajo un sol de justicia, a menudo acompañado de siroco, los componentes de la UNIR recolectaban, un día sí y otro también, su cosecha macabra. Aquellos restos momificados por la sequedad del desierto, volvían a “ver” la luz del sol, como nunca la habían visto en vida, a través de sus cuencas vacías, mientras eran envueltas en plástico y encajadas en féretros, alineados, en perfecto orden militar, uno al lado del otro, a la espera de ser cargados en camiones para ser llevados al barco.

Una operación tan meticulosa como agotadora para los soldados que la realizaban, expuestos a caer víctimas de lipotimia, insolación, deshidratación o explosión de una mina saharauí o marroquí enterrada dentro de una tumba, pasando, al instante, a formar parte de los restos inanimados, alineados en los féretros.

Una semana después era difícil distinguir los vivos de los muertos, especialmente cuando el cansancio ralentizaba los movimientos de los primeros hasta volverlos imperceptibles y, únicamente, la postura vertical servía para suponerlos vivos.

A punto estuvieron de encajonar a un compañero, dormido a la sombra de una lápida, confundiéndolo con un difunto, según el decir de unos, o para gastarle una broma pesada, según otros.

De noche, después de ponerse el sol y que bajara la temperatura hasta hacerlos temblar de frío, los soldados se agrupaban alrededor de las hogueras, improvisadas con bidones de gasoil, que llenaban de leña, si la encontraban, o con el mismo gasoil de los camiones si la leña escaseaba. Convertidos en espectros de sí mismos, rodeados de tumbas abiertas, que parecían esperarlos para engullirlos y cadáveres desahuciados de sus apartamentos, como “papas” recién cogidas.

-Y pensar que ahora podría estar en Las Palmas bailando con mi novia – dijo Felipe Edesio.

-Vaya problema. ¡Será por gachís! – replicó Isidro Caballero (un cabo de La Línea de la Concepción, tipo bastante peculiar y sin demasiados miramientos), indicando la oscuridad – si no te molesta que estén un pelín pasadas, claro.

-¿Te refieres a las de los ataúdes? Estas ya estaban pasadas cuando aun estaban vivas.

-¿No me dirás que todavía tienes escrúpulos después de los días que llevamos trajinándolas?

-Hombre, una cosa es empaquetar los huesos y otra bailar con ellos.

-Sí, solo nos falta el ritmo. ¡Gitano! Cántanos algo.

Al Gitano, un compañero al que llamaban así por estar siempre canturreando, le faltó tiempo para arrancar un “quejío” acompañado de palmas, al ritmo del cual diversos esqueletos fueron despojados de sus pijamas de plástico.

Esa noche, estimulados por el alcohol, unos soldados a quien el trato cotidiano con los difuntos había vuelto tan indiferentes a los terrores ancestrales como indiferentes a las convenciones, encontraron lo bastante complacientes esos despojos como para creer que sería poco galante no sacarlas a bailar por última y definitiva vez.

A la luz de las hogueras, aquellas antiguas meretrices, consiguieron, como el Cid, ganar batallas después de muertas, sacando del decaimiento a un grupo de jóvenes que, justo un momento antes, no habrían podido distinguirse de los cadáveres con los que danzaban.

Un sábat morboso, para alguien ajeno a la fiesta, pero, paradójicamente, revitalizador para las criaturas, vivas o muertas, que lo formaban.

La danza duró hasta la madrugada. La disciplina del cuartel, en medio del desierto, se había relajado y el toque de silencio no regia. Acabo cuando Felipe Edesio, su pareja ocasional, en un cruce de tibias, desafortunado por ambas partes, se precipitó en una fosa, produciendo un sonido que Felipe definiría más tarde como de xilofón rompiéndose.

12

-Dime, papa, ¿cómo fue que perdierais la guerra?

-¿Cómo sabes que la perdimos?

-Pues porque de haberla ganado todos los libros de historia hablarían de la “Marcha

Verde” y aun recordaríamos el 25 aniversario.

-Buena observación. Felicita a tus padres por tu educación.

-No te burles. Algún merito debo tener yo, supongo.

-Claro que sí. Tienes razón, la perdimos, sin disparar casi ninguna bala.

Militarmente fue un fracaso. Por eso no hay registros. Sin embargo, quienes realmente perdieron fueron los saharauis. Ellos, aparte de muchas vidas, perdieron su tierra.

Viven desterrados desde entonces. El gobierno español, y nosotros, los dejamos en la estacada delante del ejército marroquí que, con ellos sí, que hizo una carnicería. Pero supongo que ya estaba todo decidido previamente, antes de llegar nosotros al muelle de Las Palmas aquel 4 de noviembre del 75.

-¿Qué, estaba decidido?

-La entrega del Sahara a Marruecos

-Es decir, ¿que os enviaron a hacer teatro?

-Eso parece. Debíamos hacer como si fuéramos a defender el territorio. Y dejarnos ver te puedo asegurar que lo hicimos. El mismo día de llegar a Las Palmas, viendo la oficialidad las colas que habitualmente se formaban en el comedor del buque, optaron por dejarnos salir a todos quienes no estuvieran de servicio. En un santiamén las calles de la ciudad quedaron inundadas del azul de nuestros uniformes.

-¿El vestido de bogavante?

-¿De bogavante?

-O de calamar, yo que sé.

-¡Ah! “de bonito”, bonito , reina, o “de romano” no de calamar.

-Sí, bueno, como estabais en la marina pensaba que le dabais nombre de pescado.

-Tú sí que estás hecha un buen pescado. Una merluza, diría yo. Además el bogavante es un crustáceo, no un pez, y el calamar tampoco. Como se nota que te gusta más el marisco que el pescado. De todas formas, no creas, en el escudo de la Agrupación de Apoyo Logístico que lucíamos en el brazo, había una hormiga, tal vez un bogavante... -¿sabes que los cuecen vivos?- tal vez un bogavante, decía, hubiera sido un símbolo adecuado para el batallón, en su escudo había un puñal...¿Te acuerdas de la fábula de la cigarra y la hormiga?

-...?

-Es un chiste, niña. La cigarra es una especie de langosta, como el bogavante. Veo que no te hace gracia.

-¡Pse! Me estabas explicado que ya estaba todo decidido al llegar a Las Palmas.

-Sí, de todas maneras nosotros no teníamos ni idea. El Generalísimo, Don Francisco Franco Bahamonde, des de hacia cuarenta años, “Caudillo de España por la gracia de Dios” como decían las monedas, estaba agonizando des de hacia días. Mientras tanto, su gobierno, negociaba las condiciones de la independencia de la provincia española del Sahara, el último vestigio colonial que quedaba de aquel imperio donde “nunca se ponía el sol” .

La provincia española del Sahara había sido durante muchos años la pesadilla de miles de españoles enviados allí a cumplir el servicio militar, muchos de ellos como represalia por actividades reales o supuestas contra el régimen. En 1966, el comité descolonizador de la ONU había planteado a España la posibilidad de descolonización del Sahara Occidental. Si bien, a pesar de la aceptación formal de las resoluciones favorables a la autodeterminación, por parte de las autoridades españolas, estas seguían reprimiendo los brotes nacionalistas del Frente Polisario.

Finalmente en 1974 el gobierno anunció un referéndum para la autodeterminación, para la primera mitad de 1975.

Pero, al mismo tiempo, Marruecos y Mauritania planteaban sus propias reivindicaciones sobre el territorio español que, al ser frustradas por el tribunal de La Haya y la ONU, hizo que el rey Hassan II de Marruecos decidiera mandar la “Marcha Verde” formada por 350.000 civiles y 25.000 soldados, para ocupar el territorio del Sahara, con el beneplácito del los Estados Unidos , interesados en consolidar su hegemonía en Marruecos.

La amenaza de esa transgresión de las fronteras, había sido el detonante de nuestra movilización, sumándonos a las tropas con base permanente en el Sahara, como la Legión, el cuerpo de Regulares o las Tropas Nómadas.

Eso, más o menos, sin que supiéramos los detalles, era lo que pensábamos, durante la travesía, que sería nuestro cometido. De hecho el buque Castilla se dirigió a la isla de Lanzarote, más cercana a la costa africana.

Después supe que otros compañeros del Tear habían sido enviados a Ceuta y Melilla, y otros destinados en la Agrupación Canarias, fueron destacados al Sahara, para evacuar a la población española, incluidos los cadáveres. -¿Los cadáveres también?

-Pues sí. Se pasaron quince días abriendo tumbas y empaquetando huesos para trasladarlos a Las Palmas donde volverían a ser enterrados, ya que la mayoría de cadáveres no fueron reclamados por nadie. -¿Entonces para que llevárselos? -Para que sus tumbas no fueran profanadas por los musulmanes. O al menos eso dijeron. Piensa que en las guerras las profanaciones que se producen son tanto en lo personal como en lo simbólico.

El primer día de estancia en Las Palmas, dada la inestabilidad del momento, teníamos orden de pasarnos regularmente por el Arsenal de la Armada para enterarnos de si se había recibido

orden de embarque para el Sahara, sin embargo no creo que nadie obedeciera esa orden, todos dábamos por supuesto que, llegado el caso, los calimeros ya se ocuparían de buscarnos.

-¿Los calimeros?

-Sí, la policía naval (PN). Les llamábamos los calimeros por el casco blanco, ya que recordaba la cáscara de huevo con que se cubría la cabeza el pollito Calimero de una famosa serie de dibujos de la época.

Toda la tarde nos dedicamos a pasear por la zona turística de Las Canteras. Antes de las doce, hora en que debíamos volver a pernoctar al barco, ya había corrido la voz de que la crisis se había superado. ¡Ya no iríamos al Sahara! Lo que no sabíamos, ni nos importaba, era la causa, teníamos bastante con saber que, de momento al menos, NOÍVAMOS A LA GUERRA.

Lo más curioso es que, según supe después, la Marcha Verde no entró en el territorio español hasta el día 6, cuando a nosotros ya nos habían dicho que todo estaba resuelto.

-¿Es decir, que todo fue una comedia?

-Exactamente. Una representación de cara a la galería, mientras los políticos respectivos negociaban la capitulación.

-Entonces, ¿no hubo guerra?

-No entre España y Marruecos, oficialmente, al menos. Si bien hubo enfrentamientos esporádicos entre destacamentos de los dos ejércitos; compuesto, el español, por gran cantidad de soldados saharauis, los cuales, una vez cerrado el pacto entre España y Marruecos, dejaron automáticamente de ser españoles para convertirse en apátridas. La mayoría se integrarían en el Frente Polisario, y sería este ejercito independentista el que se enfrentaría a las fuerzas de ocupación, protegiendo la huida de los civiles saharauis mientras eran bombardeados con fósforo y napalm por la aviación marroquí.

-¿Y el ejército español se lo miraba?

-El ejército, como te he dicho estaba dispuesto a intervenir, incluso ocupando Marruecos, si hiciera falta. Pero recibió la orden de entregar el territorio y la cumplió.

-La excusa del gobierno fue que no podía mandar las tropas contra la población civil marroquí...

-Sin embargo el rey Hasan no tuvo los mismos miramientos con el pueblo saharauí.

-Veo que ya empiezas a entenderlo.

Hacía rato que a papa le estaba cambiando el color de la cara. Creía que era por la emoción que le trían los recuerdos. A la fuerza recordar esos acontecimientos tenía que provocar en él sentimientos, como mínimo, contradictorios. Estaba claro que lo habían golpeado, sin embargo yo estaba segura de que había algo más. ¿Porqué, sino, debía volver a las Canarias? ¿No dicen que el asesino siempre vuelve al lugar del crimen?

-Aplicamos las normas del circo-continuó diciendo-“a pesar de todo, el espectáculo debe continuar”; no fuera que , una silla vacía hiciera evidente que algún culo estaba al descubierto.

En esta opereta los militares hicimos el papel de comparsa, la vistosidad de los uniformes solo habría de servir para desviar la mirada de los juegos de manos del poder. Más que la última acción del franquismo, aquella podía considerarse la primera de la democracia. Era la primera muestra que el país se incorporaba a la tecnología bélica moderna: la guerra deja de ser una campaña artesanal a pie de cañón, para volverse virtual, donde las batallas se ganan o pierden en los parqués bursátiles. La guerra, aquello que siempre ha impulsado los descubrimientos tecnológicos, se vuelve, en los países progresados, mucho más higiénica, limpia. Es tan pulida que puede confundirse con la paz. La llaman competitividad.

-Al menos esta se hace con cifras, sobre papel, o en pantallas de ordenador.

-Cosa que no ahorra sufrimientos a los afectados, ni por eso deja de ser igual o más criminal que las guerras artesanas. La diferencia es que, aquel que tira la piedra, no enseña la mano... ni la cara, pero, sobre todo esta lo bastante lejos para no ver la cara de las víctimas.

13

La cara de las víctimas. ¿era eso lo que él había visto? ¿era ese su secreto? -Papa ¿no te encuentra bien? Estás muy pálido. -La verdad es que no. Tengo el estómago alterado. Será que he comido algo en mal

estado. -Pero si hemos comido lo mismo. -Pues no lo sé, tal vez los nervios del viaje. Ya se me pasará. Pero no se le pasaba, cada vez estaba más descolorido, sudaba.

Voy hasta el asiento de mama -Papa no se encuentra bien. -¿Que le pasa? -No lo sé, está mareado, le da vueltas la cabeza. -Quédate con tu hermana, voy a ver como está.

Mientras mama se sienta al lado de papa, aprovecho para informar a Marina de mis progresos en la investigación. Le cuento lo que he descubierto sobre la Marcha Verde así como mis sospechas sobre lo que esconde papa.

-Deben ser fotos de algo que paso en el Sahara, tal vez de los afectados por las bombas, seguramente él o su amiga enfermera les hicieron fotos. Ha dicho que evacuaron los cadáveres de los cementerios. ¿No te parece extraño ese interés por llevarse a los muertos dejando a los saharauis a su suerte?

Tal vez les interesaba más algo que se guardaba en las tumbas y la evacuación solo era una excusa.

-¿Y que puede esconderse en una tumba, aparte de los difuntos?

-En una tumba puede guardarse de todo. Piensa en las pirámides de Egipto?

-Pero el Sahara no hay pirámides.

-Por eso mismo, en el Sahara casi no hay edificios de ningún tipo, aparte de las pocas ciudades que edificaron los españoles, eso significa que tampoco existen referencias precisas para encontrar algo que pudiera haber sido enterrado en el desierto.

-¡Claro! Una tumba es un lugar señalado pero que no levanta sospechas.

-Exactamente.

-¿Te parece que papa pueda tener fotos de lo que fuera que pudieran esconder?

-Eso ya no lo sé.

-Supongamos que fuera así, pero como era un secreto, no podían mostrar las imágenes. Entonces había censura.

-Exacto. Tal vez después ha intentado publicarlas y ha levantado la liebre. Probablemente aun queda gente que no quiera que estas fotos se vean.

-A lo mejor tienes razón.

-¿Y si lo han envenenado?

-¿Aquí, en el avión? No digas tonterías. ¿Quién iba a envenenarlo?

-Pus “el espía” y el chaval que lo acompaña. No lo había pensado, pero quien te dice que no le han puesto algo en la comida o la bebida.

-¿Y como iban a hacerlo, si todo lo sirven envuelto?

-Tal vez tengas razón; pero, ¿y si están de acuerdo con la azafata? Ella si podía haberle dado un producto envenenado previamente y tenerlo reservado para dárselo a él. Fíjate, como lo está mirando.

-Sí, porque mama la está llamando.

Era verdad, la azafata ya se acercaba al asiento de papa, quien, con el respaldo echado para tras, tenía los ojos cerrados y una expresión de malestar, mientras mama le tomaba de la mano.

-Mi marido no se encuentra bien-dijo mama, dirigiéndose a la azafata-¿no tendrá algún medicamento para el mareo o una aspirina?

Una pastilla “el ancla” – pienso yo-para las angustias del alma. ¡Solo faltaba eso! ¡A ver se está aprovecha ahora para rematarlo!

-Marina ayúdame. Debemos impedir que la azafata le de ningún medicamento.

Me levanto para acercarme donde está papa. Me cruzo por el pasillo con la azafata que va en busca del medicamento. Observo que nuestros espías, que ya se han percatado de la situación, miran también a papa.

-Mama – digo, agachándome a su lado-¿quieres darle un medicamento sin saber qué es lo que tiene?

-Solo es un analgésico, no puede hacerle ningún daño.

-Pero, antes ¿no debería verlo un medico?-dice Marina.

La azafata ya se acerca con un vaso y “quien sabe qué” en su interior. Debo pensar rápido. Leí una vez que el veneno de las ratas provoca hemorragias internas. Si a papa le han administrado algo parecido, una aspirina podría rematarlo. Ya está aquí.

Me levanto de golpe. ¡Bingo! El vaso de “aspirina” sale disparado de su mano impulsado por mi hombro. Dos pasajeros resultan salpicados.

-¿Qué haces, hija?

-Perdón, no la he visto-miento.

-No pasa nada dice la azafata, traeré otra

Su compañera ya se acerca con una toalla para remediar el estropicio, mientras la “envenenadora” regresa a la cabina.

Todo el pasaje nos observa. Los dos vecinos afectados visten camisetas del cuerpo de bomberos de Mataró, por lo que deben estar acostumbrados a chaparrones peores que este, de modo que no parecen muy afectados.

-Mama, no dejes que le den ningún medicamento.

-Pero ¿qué dices? ¿porqué?

-Tiene razón, mama – dice Marina-tal vez debería verlo un médico.

-Tal vez sí. ¿Pero donde quieres que encuentre un médico ahora? Todavía falta bastante tiempo para aterrizar.

-Entre el pasaje. A lo mejor hay alguno.

-Eso, como si yo no estuviera – dice papa, con esa vocecita de cuando quiere dar lástima-No hace falta que me preguntéis a mí.

-Eso, hazte el mártir ahora; por preocuparnos por ti – le contesta mama.

La azafata regresa ya con su poción.

-Perdone, disculpe-dice mama-pero hemos pensado que sería mejor lo viera un médico antes de darle nada. ¿No sabrá si hay alguno entre el pasaje?

El teléfono de mama comienza a sonar.

-No lo sé-responde la azafata-pero puedo preguntarlo.

-No hace falta-dice alguien detrás-yo soy médico.

¡Es el espía! ¡Hemos salido del fuego para caer en las brasas! ¡Eso es un complot!

-Diga, un momento por favor-contesta mama con el móvil pegado al oído.

De pronto me imagino todo el pasaje confabulado contra nosotros. Como en la peli de “la invasión de los ultra cuerpos” donde los extraterrestres se apropian de los cuerpos de los humanos, sustituyéndolos por réplicas exactas, de modo que los protas se encuentran rodeados de vecinos mutantes, sin saber quiénes eran, o no, extraterrestres.

-¡No! ¡No! ¡Usted no lo toque! ¡Que no lo toque nadie!-Me oigo decir, sin poder evitarlo, como si yo misma estuviera habitada por un cuerpo extraño.

-¡Pero! ¡Qué dices niña!?-Interviene mama, tapando con la mano la boca del móvil Porqué no puede tocarlo?

-Porque...como sabes que es médico?

-Bueno, si él lo dice, debemos creerlo ¿no?

Todo el avión estaba pendiente de nosotros. Tengo la impresión que comienzan a acercarse. ¿Qué harán de nuestros cuerpos una vez clonados?

-Pero... ¿y si es uno de ellos?

-¿Quiénes son ellos?

-Los... de la Marcha Verde.

-¿La marcha verde? ¿Y qué tiene que ver ahora la marcha?

Me siento impotente. Noto la humedad en mis ojos. Estamos atrapados. No tenemos escapatoria. Esta gente puede hacer de con nosotros lo que quiera, y después hacer creer que papa ha muerto de una intoxicación. Incluso el espía podría ser realmente médico y certificar la causa de la muerte.

-Marina... explícalo tú-yo no puedo más, siento un nudo en la garganta, estoy mareada, tengo ganas de vomitar. Salgo corriendo hacia el lavabo.

Me encierro. Devuelvo todo lo que comí. Lloro, sollozo. Otra vez devuelvo, lo que ni había comido.

Pasa una eternidad. No me atrevo a salir. ¿Y si al salir papa ha muerto? ¿Y mama, y Marina? ¿Y si están...pero...no son ellos? Y todos esos ultra cuerpos esperándome fuera. Me quedaré aquí hasta que el avión aterrice... y veré el modo de escaparme.

VEINTE DIAS DE NOVIEMBRE

4 de noviembre de 1975. Ese día, la panza de burro, el típico techo de nubes abombadas que a menudo cubre el extremo norte de la isla de Gran Canaria, con una predilección especial por la capital, Las Palmas; por razones desconocidas, seguramente imprevisibles y, tal vez, incluso inconfesables, había abandonado su puesto habitual.

Un sol inclemente disparaba toda su batería de fotones sobre la ciudad, sin que ninguna defensa o protección gaseosa intentara con más o menos expectativa de éxito a enfrentársele.

Si bien la temperatura no era excesiva por lo que es habitual en esa latitud y época del año, alcanzaba para la totalidad de los recién llegados extremos de verdadero agobio. No tato por la temperatura ambiental, que la brisa moderaba, como por el envoltorio textil, pensado para climas más rigurosos, como las ordenanzas que los obligaban a vestir la uniformidad prescrita en el lugar de origen, en lugar de la aun vigente en el lugar de destino.

Lo oscuro de los uniformes iluminaba, paradójicamente, con meridiana claridad a los componentes de las fuerzas recién incorporadas, para que no cupiera duda sobre el incremento de efectivos con respecto a las tropas habituales estacionadas en la zona. Grupos más o menos numerosos de soldados azules comenzaban a dispersarse, como un enjambre por la ciudad. Un despliegue centrifugo en forma de abanico, los radios del cual confluían, disciplinadamente, bajo el arco de acceso al Arsenal de la Armada.

Toda la zona del istmo, des de la isleta a la plaza de España, i des de el puerto a la playa de Las Canteras, quedo salpicado de prusianas maculaturas, complementadas con gorras blancas y doradas botonaduras. Para quienes la vista de los uniformes sea sinónimo de seguridad, la ciudad de Las Palmas esa mañana debía parecerles el lugar más seguro del mundo.

Hacia el medio día –una hora menos en canarias-cuatro de esos ejemplares de marine estaban sentados en una terraza del paseo de Las Canteras.

-He visto una cámara de fotos-dijo Juan-que creo que vale la pena. Es una imitación rusa de la Hasselblad monocular de 60x60 mm, pero bastante más barata.

-¿Y la calidad es la misma? –Preguntó Manuel.

-Eso ya no lo sé, pero siempre he querido tener una máquina como esta y no creo que con las trescientas pesetas de la paga de la Marina, pueda comprarme una de auténtica. Habré de conformarme con una imitación. El problema es que no tengo ni la pasta para la barata.

-¿Cuánto vale? –añadió Benito.

-Esta quince mil castañas. Pero la Hasselblad cien mil.

-¿Y no puedes pedir dinero a casa. El sargento ha dicho que podemos recibir giros con destino al Arsenal de la Armada.

-Tendré que llamar a casa para ver si me las consiguen.

Esa misma tarde, des de una cabina, Juan llamó a su casa para pedir el dinero. Sus padres ante la alegría de saberlo a salvo, no se atrevieron a negarse. La mañana siguiente su padre tramitaría el giro.

Ese día agotarían hasta el último minuto la franquicia de libertad diaria que la Marina concedía a sus soldados. Separados casi tres mil kilómetros de sus casas, a las doce en punto de la noche, volvían a confluír, por segunda vez ese día bajo el arco de entrada del Arsenal, camino del buque Aragón, que habría de ser su residencia durante todos los días de estancia en las islas.

Una vez en las literas, como fichas de un archivador o difuntos en un nicho, otro compañero, Antonio Galán, un sevillano saleroso y con mucha gracia, les dijo

-Hoy he conocido a unas chicas.

-¿Sí? Cuenta –dijeron todos.

-Hemos quedado para vernos mañana. Podéis venir si queréis.

-¿Tú qué crees!? Claro que vendremos.

El toque de silencio acabo la conversación. Esa noche no soñaron en otra cosa que no fuera la salida del día siguiente.

Hasta la hora convenida con las chicas, estuvieron paseando por la ciudad. Se encontraron en la plaza de España, donde habían quedado, a las seis de la tarde. Cuando, a las doce de la noche, cruzaban de nuevo el arco del Arsenal... Juan iba herido... tocado irremisiblemente por las flechas de Cupido.

15

-A tu pareja no hemos podido salvarla – dijo Isidro, mientras el alférez médico apuntalaba, con los escasos recursos que tenía a su alcance, la pierna de Felipe –parece que se os ha acabado el baile a los dos.

-Mira que eres bestia. Tú en cambio serias capaz de bailar con la cabeza bajo el brazo.

-¿Cuál, la tuya o la mía?

-Buen elemento estas tu hecho.

-No sé de qué te quejas, cuando volvamos a Las Palmas seguramente te darán permiso.

-Eso espero, con un poco de suerte tal vez me lleven al hospital donde trabaja Gloria, mi novia. Es enfermera, sabes.

-Entonces ¿que más quieres?, estarás en la Gloria. ¡Ah! Y no sufras, no le diremos que esta noche le has hecho el salto.

-Saltando a una fosa, ¿quieres decir? Por cierto, tal vez lo soñé, pero ¿no había nada más dentro de la fosa?

-Sí, tu compañera de baile.

-No, me refiero a algo más, aparte de la susodicha.

El cabo y el alférez se miraron sin decir nada.

-Debes de haberlo soñado –dijo el oficial- de todas formas, lo que pudiera haber, ya estará dentro del buque. Tus compañeros han acabado el trabajo esta mañana. Hoy mismo volamos a Las Palmas.

El día 15 de noviembre, los expedicionarios de La Güera, con el buque repleto de ataúdes, como aquel que transportaba al conde Drácula, zarpaba de nuevo con rumbo a Las Palmas, llevando la única tierra –polvo al polvo – que se había podido rescatar del territorio saharauí.

16

Durante aquellos días, mientras muchos de los efectivos destinados habitualmente en las islas, patrullaban por el Sáhara, hacían guardia en la cinta de fosfatos del muelle de El Aaiún, o desenterraban cadáveres españoles en Villacisneros o La Güera, a menos de cien kilómetros, en medio del Atlántico, las fuerzas de refresco, oficialidad, tripulaciones i tropa, se dedicaban a rellenar las bodegas de los buques, de mercancías libres de aduana.

También Juan, que ya había recibido el giro con las quince mil pesetas enviadas por su padre, se apresuró, para evitar tentaciones a sus compañeros, a adquirir el aparato fotográfico deseado, del cual ya no se separaría en todo el tiempo que estuviera en las islas.

Ese mismo domingo, aprovechando que sus amigas no tenían guardia en el hospital, podrían pasear juntos.

Después de comer y de bañarse en Las Canteras, Juan i Gloria habían comenzado a andar, mientras hablaban, en dirección a La Isleta.

-¿Sabes que me gustas, verdad?

-Sí, lo sé, pero no sé si eso es lo más importante.

-¿Quieres decir que, a ti, no te importa?

-Bueno, eso yo no lo he dicho. Pero hace tan poco que nos conocemos.

-Cincuenta y seis horas exactamente, son las que hemos estado juntos, las he contado.

-No es una cuestión de tiempo, pienso.

-No, la cuestión es si yo te gusto o no.

-¿Y qué, si me gustas? Te irás dentro de poco, con suerte a tu casa, a San Fernando o...

-¿Crees que aun pueden mandarnos al Sáhara?

-Sí

-Nos han dicho que ya está resuelto.

-Yo no estoy tan segura.

-¿Tal vez sabes algo que yo no sé?

-No te podría decir.

-¿Alguien te ha informado...?

-Bueno... un amigo...

-¿Alguien del hospital?

-Sí

-Entonces, ¿temes que pueda pasarme algo?

-No quiero imaginármelo.

-No dejare que me pase. Lo prometo.

-Te olvidarás de mí, tan pronto te vayas.

-Eso nunca. ¿Cómo te lo puedo demostrar?

-No con palabras.

Esa noche, al pasar lista, cuando el furri leyó el nombre de Juan Torras, nadie respondió.

-Juan Torras – repitió el furriel.

-Está enamorado-dijo alguien.

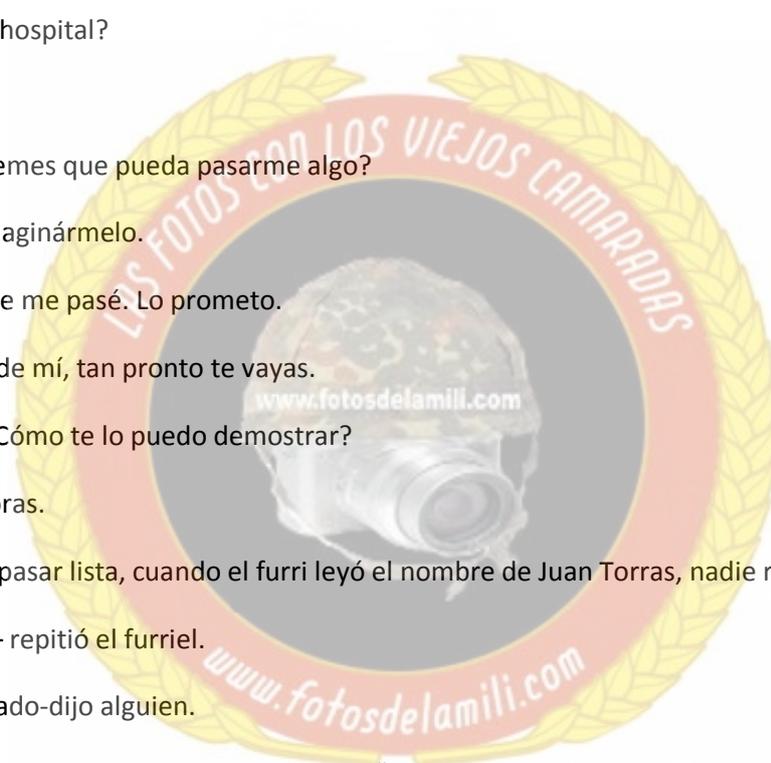
Al dar la novedad al teniente, este solo dijo –“cuando vuelva mañana, si vuelve, me lo empuras. Una semana mínimo de arresto. ¡Ah! y quiero verlo en cuanto llegue”.

No era ninguna excepcionalidad que alguien se perdiera el toque de retreta. Cada día había soldados que volvían al barco trastabillando, apoyados en compañeros solo ligeramente más serenos. Milagro era que atinasen con la pasarela sin caerse al agua.

Al día siguiente, 17 de noviembre, cerca ya de la media noche, el soldado del Tercio de la Armada Juan Torras, vestido todavía con la ropa de paseo, estaba plantado en posición de firmes delante del teniente de la cia de sanidad.

-Pero ¿como se te ocurre desaparecer, en la situación en la que nos encontramos? ¿No sabes que se te puede considerar desertor y someterte a un consejo de guerra?

-Sí, teniente.



-No me esperaba eso de ti. Suerte has tenido que el capitán ha aceptado esperar a denunciar tu desaparición hasta el parte de esta noche. De lo que no vas a librarte es de una semana de arresto. Lo dije públicamente y debo cumplirlo. De todas formas tampoco podrías haber salido del barco. En un par de días salimos de maniobras.

-¿Y mañana?

-¿Qué pasa mañana?

-He de despedirme de alguien.

-Mañana, como toda la semana, estarás de servicio. Y no se hable más, que bastante bien librado has salido.

-Sí, teniente.

-Otra cosa.

-A sus órdenes.

-¿Es bonita la moza?

-Preciosa, teniente.

-Felicidades, pues, y ahora largo.

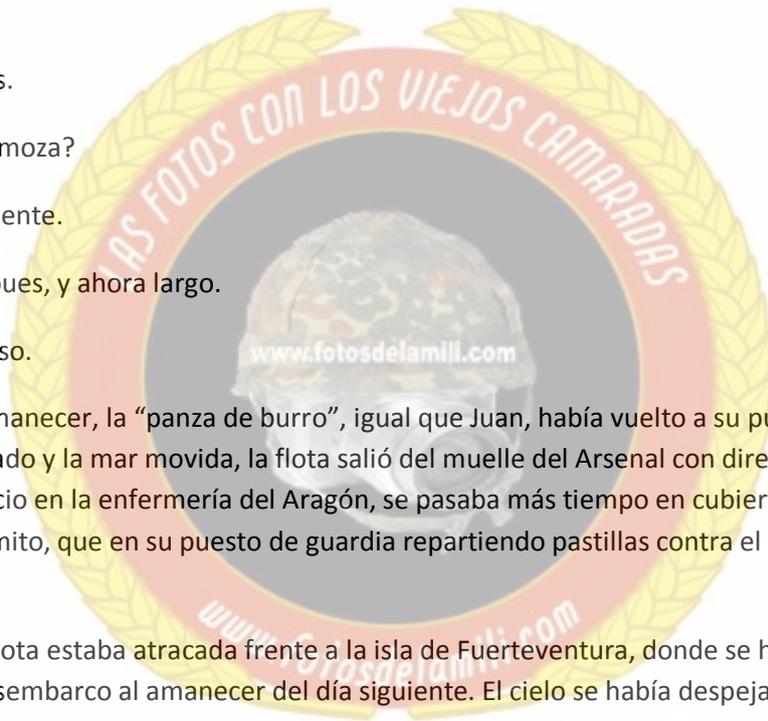
-Con su permiso.

El día 19, al amanecer, la “panza de burro”, igual que Juan, había vuelto a su puesto. Con el cielo encapotado y la mar movida, la flota salió del muelle del Arsenal con dirección a levante. Juan, de servicio en la enfermería del Aragón, se pasaba más tiempo en cubierta intentando distraer el vómito, que en su puesto de guardia repartiendo pastillas contra el mareo a sus compañeros.

Esa noche la flota estaba atracada frente a la isla de Fuerteventura, donde se había previsto realizar un desembarco al amanecer del día siguiente. El cielo se había despejado completamente y la mar estaba en calma.

Mientras veía ponerse el sol, Juan volvió a recordar aquella penúltima noche pasada fuera del barco y de la que, a pesar de las preguntas de sus compañeros, no había querido decir nada. No dijo que el tiempo había pasado sin ellos enterarse. Que, cuando quisieron darse cuenta, ya era demasiado tarde para esquivar el arresto. Que había acompañado a Gloria al hospital, donde ya hacía rato debería haber entrado de guardia.

Que ella le había ofrecido un lugar donde pasar la noche. Que él no había podido, o querido, negarse. Y que nadie más, fuera de ellos, sabría nunca que había pasado esa noche en el hospital... excepto, tal vez, de un único testimonio inconsciente, una caja oscura que todavía guardaba, dentro de su cuerpo metálico, un carrete de celuloide emulsionado con sales de plata, sobre las cuales había quedado expuesta la información que, quizás, algún día revelaría.



20 N

A las ocho de la mañana no había sonado todavía la diana. La tropa se iría despertando y , tan solo por la hora, ya sabían que algo fuera de lo previsto, estaba sucediendo. La confirmación no se hizo esperar. Les llegó a través de la megafonía del buque: “EL GENERALÍSIMO, HA MUERTO”.

Aquella era una baja esperada desde hacía días – para algunos, más de cuarenta años, cosa que, de no ser tan terrible, podría ser motivo de broma, de hecho no negaremos que alguna se hizo-pero, incluso así, les había pillado de improviso.

Toda la vida oyendo el temor, de unos, y el deseo, de otros, de que pasaría en España al morir el Generalísimo Franco, y ahora, a ellos, los pillaba vestidos de soldado y, literalmente, “amb els pixats al ventre” (N.T.: con los meados en el vientre).

De momento, el único cambio era que se ahorraban el desembarco previsto. Volvían a Las Palmas. Y, después, a la península.

Juan volvió a intentar, inútilmente, que el teniente le quitara el arresto, ni que fuera por un par de horas.

-Ni hablar – dijo este-te dije una semana y por mis... pelotones, que la cumplirás. No puedo arriesgarme a más desertiones. Y cuidado con escaparte de nuevo, que entonces nadie te libra del consejo de guerra. Estás avisado. Ya tendrás ocasión otro día de volver a Las Palmas, si de verdad te interesa.

-Tal vez entonces ya sea demasiado tarde – pensó Juan, sin atreverse a replicar al teniente.

Les habían mandado a defender un territorio y no solo lo habían perdido, él mismo había sido conquistado. ¿Cabía una derrota más dulce? Sin embargo, si no había pensado traicionar a nadie la noche en que desertó, ni tampoco derrotado al ser conquistado, ¿por qué ahora se sentía tan cobarde y traidor cumpliendo las órdenes?

Cuando sus compañeros salieron esa tarde francos de paseo, por última vez en Las Palmas, les entregó una carta para Gloria, en la que expresaba su desconsuelo y prometía volver con ella lo antes posible.

A la mañana siguiente, después de una misa, en el muelle del Arsenal, por “el eterno descanso del Generalísimo”, la flota zarpaba con destino a la península. ¿Qué habría pasado si Franco hubiera vivido más días? Esta pregunta sin respuesta posible, se hacía Juan Torras, viendo desde la popa del Aragón, alejarse la costa canaria, mientras, dentro de su puño cerrado, estrechaba fuertemente un carrete de fotografías.

17

-¡Laura! ¿Estás bien? Abre la puerta.

Angustiada por el mareo de papa, por mis suposiciones, y por el miedo a ser perseguidos, secuestrados, clonados, o volatilizados por terroristas, no se me ha ocurrido otra cosa que

esconderme en el lavabo del avión. Abro la puerta, temiendo encontrarme a mamá amenazada con una pistola en la frente para obligarme a salir.

Al otro lado solo está mamá. No la amenaza nadie.

-¿Te encuentras bien hija?

-Solo un poco mareada. ¿cómo está papá?

-Tranquila está bien, el doctor ya se ocupa. Parece que solo es una leve intoxicación, posiblemente por algo que ha comido en la cafetería.

-¿Entonces no corre peligro?

-Creo que no, pero es posible que tengan que hacerle un lavado de estómago. Ya han pedido una ambulancia para cuando lleguemos al aeropuerto.

-Estaba asustada... ¿seguro que no...?

-No hija. Marina ya nos ha explicado tus "investigaciones". El doctor se ha partido de risa.

-Es que todo encajaba, mamá.

-No te digo que no, pero solo según tu punto de vista. Lo que está claro es que tienes una imaginación desbocada, Deberías hacerte escritora.

Me acerco a papá. El "espía" está sentado a su lado hablando con él.

-¿Te encuentras bien papá?

-Hola hija. ¿Qué si me encuentro bien? Pues... mi cabeza parece una ola de grillos, tengo el estómago revuelto y no puedo tan siquiera intentar levantarme. Aparte de eso, bien. El doctor hace lo que puede... para animarme cuando menos. ¡Ah! Por cierto, el doctor Jiménez. Doctor, mi hija Laura.

-Eduardo-dice él, extendiendo la mano—Eduardo Jiménez, encantado de conocer a una chiquilla con tanta imaginación.

Siento enrojecer mis mejillas mientras, dejo que estruje mi mano derecha.

-No vas a creértelo hija —dice papá-Eduardo y yo ya nos conocíamos. Era uno de mis compañeros de sanidad en la mili.

-Sí, yo era estudiante de medicina y también estaba destinado en la enfermería del TEAR.

-¿Por eso nos mirabais?

-Sí, bueno, yo lo miraba a él, pero creo que mi hijo te miraba más a ti. Me pareció conocerlo, pero no estaba seguro. Piensa que hemos cambiado un poco desde entonces. Pero siéntate aquí que te lo cuente él mismo, mientras yo iré a ver al comandante para saber si ya ha resuelto lo de la ambulancia.

-Ya lo ves hija, al final era verdad que alguien nos “espiaba”. Alguien relacionado con la Marcha Verde, como tú decías. -Pero el doctor...Eduardo, ¿también conoce a tus... a tu amiga canaria?
-No, él no era de nuestro grupo. Va a Las Palmas a un congreso médico y su hijo lo acompaña, le hacía gracia enseñarle los lugares donde estuvimos. -¿Y su mujer?

-Creo que están divorciados.

-Y los otros compañeros, ¿cómo se llamaban?

-Uno era de Sevilla, se llamaba Antonio Galán, el otro era catalán, Juan Torras

-¿Y estos si conocían a tu amiga?

-Quizás mejor que yo. Al menos uno de ellos.

-¿Cómo se llama?

-Gloria

-¿Te dio calabazas?

-Mas o menos

-Pues, ¿como es que vuelves a verla después de tanto tiempo?

-Justamente por eso, porque hace mucho tiempo, y las personas y las situaciones cambian. De hecho siempre hemos mantenido el contacto. Ya verás, te gustará. Pero debo pedirte un favor antes de llegar.

-Tú dirás.

-Dentro de mi bolsa encontrarás un álbum de fotos.

-O sea, es verdad, que hay un secreto.

-Sí, pero no lo que tu pensabas.

-No es un arma biológica, quieres decir.

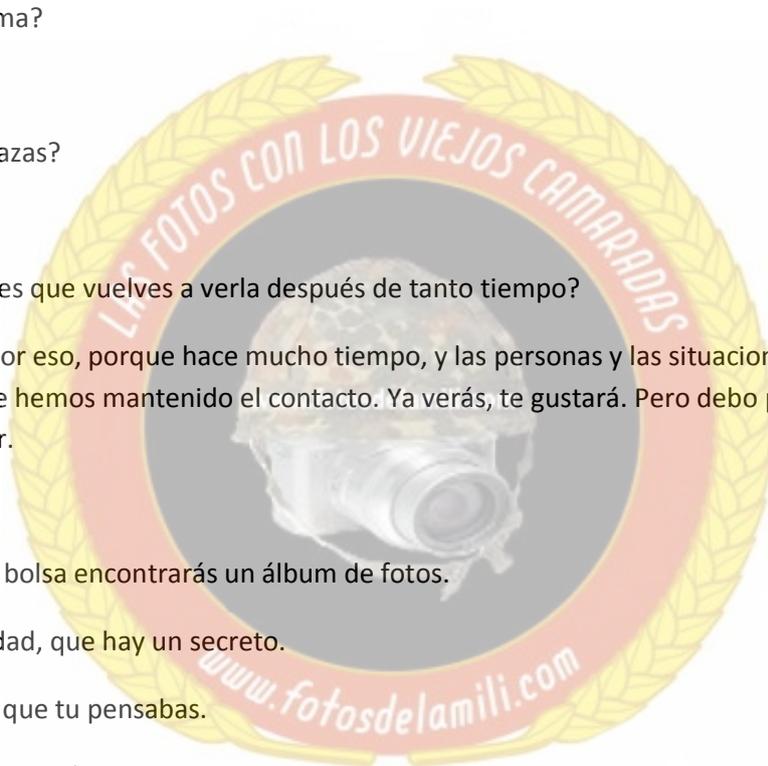
-Al contrario, hija, es el arma biológica más potente que ha habido y habrá nunca: la vida en toda su belleza y esplendor. Ya lo verás.

-Entonces...¿puede verse?

-Yo diría que sí. Pienso que son bastante atractivas. Quizás algún mérito sea del fotógrafo, pero la mayor parte se debe a la modelo.

-¿Hiciste tú las fotos?

-No, un amigo, pero el ya no va a necesitarlas. Yo solo las revelé. De hecho él nunca supo que yo las tenía. Recogí el carrete, aun sin revelar, de un cubo de basura en el Aragón, durante el viaje de regreso a Cádiz. Todavía me pregunto cómo fue que no acabara en el mar.



La persona que aparece en ellas nos espera en el aeropuerto, pero ella solo me conoce a mí, y yo tendré que salir en la ambulancia. Tu madre tampoco la ha visto nunca. Fíjate en las fotos, tú eres buena fisonomista, seguramente la acompañaran el marido y los hijos

-¿Está casada?

-Sí. Las fotos son para ella. ¿Se las darás?

-Como tú quieras.

-Otra cosa.

-Dime.

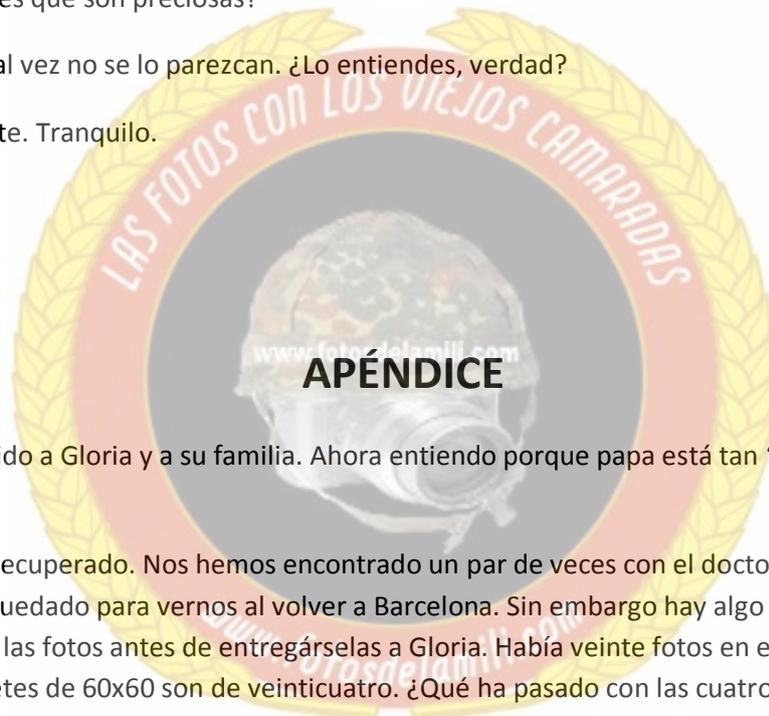
-Por favor, que no las vea tu madre.

-Pero, ¿no dices que son preciosas?

-A tu madre tal vez no se lo parezcan. ¿Lo entiendes, verdad?

-Perfectamente. Tranquilo.

-Gracias hija.



Hemos conocido a Gloria y a su familia. Ahora entiendo porque papa está tan “tocado” por las canarias.

Papa ya está recuperado. Nos hemos encontrado un par de veces con el doctor Jiménez y su hijo. Hemos quedado para vernos al volver a Barcelona. Sin embargo hay algo que aun me intriga. Conté las fotos antes de entregárselas a Gloria. Había veinte fotos en el álbum y, según creo, los carretes de 60x60 son de veinticuatro. ¿Qué ha pasado con las cuatro que faltan? ¿Qué hay en esas fotos, que no puedan ver ni mama ni Gloria? ¿Dónde las ha guardado papa?

Solo espero volver a casa para descubrirlo. Estoy segura que las guarda dentro del forro del “vestido de bogavante”.

* Todos los nombres que aparecen en este texto son ficticios; y la historia que se narra, si bien está basada en hechos reales, vividos por el autor, también es imaginada.

Josep Nogué Diciembre de 2003

Para quienes estén interesados en profundizar sobre estos acontecimientos, recomiendo leer el libro “ La historia prohibida del Sáhara Español”, de Tomás Bárbulo, editado por Destino.